

BOLSILIBROS
BRUGUERA

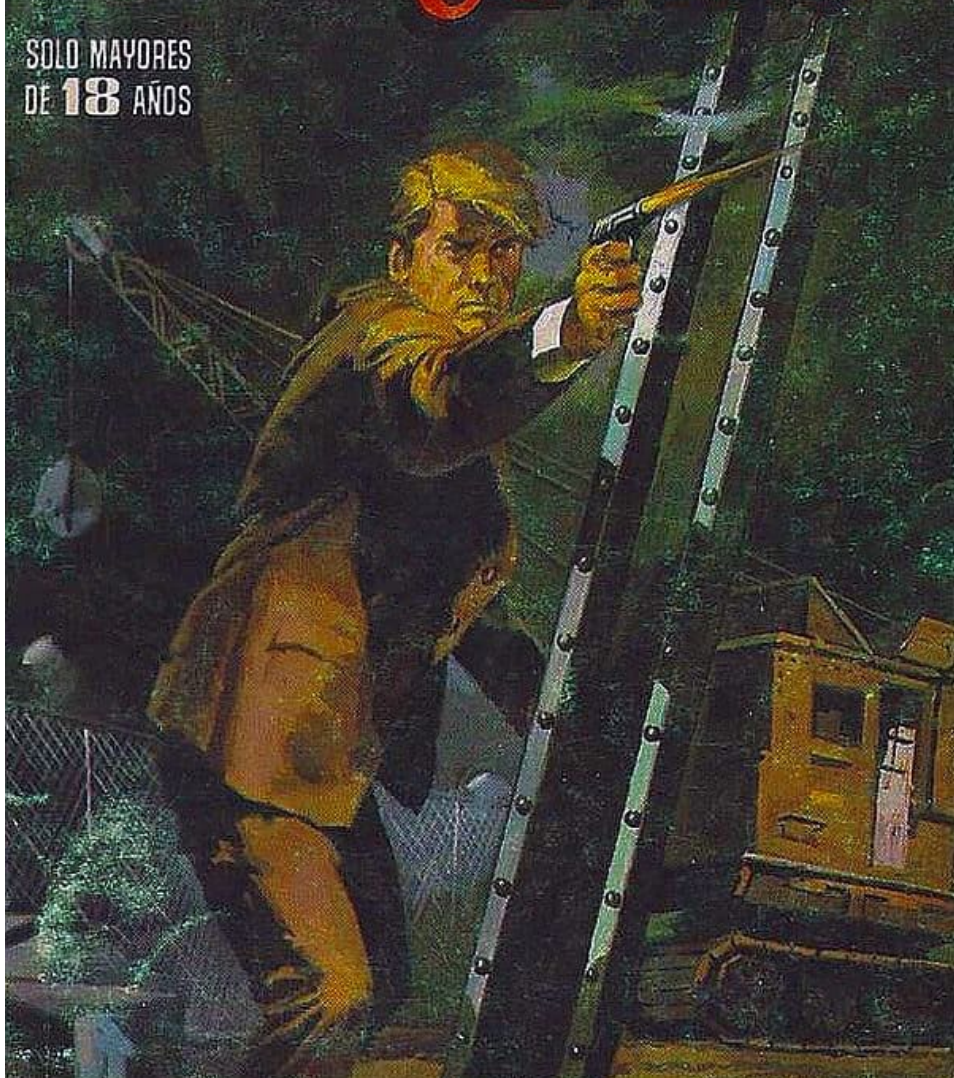
SERVICIO
SECRETO

SS

DISPARO DE IDA Y VUELTA

*Clark
Carrados*

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS



Caminaba tranquilamente por la calle, cuando oyó el chirrido de los neumáticos del coche que arrancaba a toda velocidad. Un oscuro instinto le hizo saber que algo iba a ocurrir y saltó lateralmente, a fin de buscar refugio en algún lugar de relativa seguridad.

Mientras lo hacía, volvió la cabeza y divisó al coche que se acercaba, acelerando brutalmente. Junto a él, una mujer gritó y tiró de ella casi sin saber lo que se hacía. Un paso más adelante encontró el refugio de un portal y trató de aplastarse contra la pared, notando que algo blando le impedía tocarla.

En el mismo instante, empezaron a sonar los disparos. Percy Boles volvió la cabeza y vio la boca del arma que emitía unos pálidos fogonazos. En la acera, a dos pasos de distancia, un hombre empezó a saltar de un modo ridículo.

Los saltos concluyeron cuando el individuo se desplomó al suelo. El coche de los agresores huyó a toda velocidad. Por todas partes sonaban gritos y se veían muchos cuerpos de personas tendidas en el suelo.



Clark Carrados

Disparo de ida y vuelta

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1661

ePub r1.0

Lds 17.12.17

Título original: *Disparo de ida y vuelta*

Clark Carrados, 1982

Cubierta: Martín

Colección

SERVICIO

SECRETO

n.º 1661. Bruguera – 1982

Colección

PUNTO

ROJO

n.º 24. Ediciones B – 1992

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Caminaba tranquilamente por la calle, cuando oyó el chirrido de los neumáticos del coche que arrancaba a toda velocidad. Un oscuro instinto le hizo saber que algo iba a ocurrir y saltó lateralmente, a fin de buscar refugio en algún lugar de relativa seguridad.

Mientras lo hacía, volvió la cabeza y divisó al coche que se acercaba, acelerando brutalmente. Junto a él, una mujer gritó y tiró de ella casi sin saber lo que se hacía. Un paso más adelante encontró el refugio de un portal y trató de aplastarse contra la pared, notando que algo blando le impedía tocarla.

En el mismo instante, empezaron a sonar los disparos. Percy Boles volvió la cabeza y vio la boca del arma que emitía unos pálidos fogonazos. En la acera, a dos pasos de distancia, un hombre empezó a saltar de un modo ridículo.

Los saltos concluyeron cuando el individuo se desplomó al suelo. El coche de los agresores huyó a toda velocidad. Por todas partes sonaban gritos y se veían muchos cuerpos de personas tendidas en el suelo.

La inmensa mayoría se levantaron. Todos, excepto uno, que quedó boca abajo. De su cuerpo brotaban delgados hilillos rojos que, tras correr por la acera, iban a parar a la calzada.

Entonces fue cuando Boles oyó una cortés pero nada amistosa voz femenina.

—Oiga, no soy un papel sobre el que se haya de imprimir una carta —dijo ella—. ¿Tiene la bondad de separarse un poco de mí, aun agradeciéndole su gesto protector que, probablemente, me ha librado de graves daños?

Boles respingó. Sólo entonces se dio cuenta de la juventud de la mujer a la cual había arrastrado consigo cuando presintió el peligro.

Era una muchacha alta, espigada, de suaves pero sólidas curvas, pelo castaño y ojos grises. El mentón era firme, voluptuoso, y en los labios se apreciaba la calidez de una vida exuberante, sin apenas necesidad de la química.

—Discúlpeme —rogó—. No me había dado cuenta...

La joven era tan alta como él, aunque era preciso tener en cuenta los tacones de sus zapatos, de cinco centímetros solamente. Ella sonrió deliciosamente.

—Ahora sí lo sabe, ¿verdad?

—Con gran placer —contestó él—. Y me alegro de que no le haya pasado nada.

La muchacha se volvió hacia el hombre que yacía en la acera, a cuatro o cinco pasos de distancia.

—Parece que ha muerto —dijo, muy seria.

—En lo que vulgarmente se llama un «ajuste de cuentas» —respondió Boles.

—Usted supo lo que iba a pasar...

—Presentí que podía ocurrir algo malo. Normalmente, un coche no arranca con tanta fuerza. Pensé que quizá sus ocupantes podían escapar de la policía... Un poco más abajo hay un Banco y cabía la posibilidad de un atraco.

—Comprendo. Bien, muchas gracias. Adiós.

La chica se marchó. Boles se la quedó mirando, hasta verla desaparecer entre la multitud que ya empezaba a aglomerarse en las inmediaciones del lugar del suceso.

Luego volvió los ojos hacia el muerto. Un coche patrulla llegaba en aquel momento, con gran estridor de la sirena y centelleo de luces en el techo. Boles pensó que, como buen ciudadano, debía de ayudar en lo posible a la justicia, a pesar de que no era mucho lo que había visto. Pero tampoco podía marcharse tan tranquilamente, como si nada hubiera pasado.

* * *

Cuando llegaba a su casa, se llevó una gran sorpresa. La chica estaba allí parada, con una tarjeta en la mano. Ella no se sorprendió menos al verle.

—Parece que esté buscando a alguien —dijo Boles.

—Pues... sí. Busco a un tal Percival Webster Boles, abogado. ¿Le conoce usted, por casualidad?

—Un poco —sonrió él—. Si le parece bien, se lo presentaré. ¿Quiere pasar?

—Muchas gracias.

Boles vivía en una casa de dos plantas, moderna, rodeada de un pequeño jardín, al que se accedía mediante una puertecita de madera, pintada de blanco. Abrió la puerta y se echó a un lado para que la joven pudiera pasar.

—Usted debe de ser muy amigo de Boles —dijo ella.

—Oh, sí, bastante.

El joven llegó a la puerta de la casa, sacó una llave, abrió y de nuevo se hizo a un lado. Luego condujo a la chica hasta un despacho, elegante, rodeó la mesa y se sentó en el otro sillón.

—Le presento al abogado Boles —sonrió.

—¡Usted! —Se sobresaltó la muchacha.

Boles se volvió en parte y señaló con la mano el diploma enmarcado que pendía de la pared.

—Licenciado en Leyes por Stanford —dijo—. Y ahora, por favor, cuénteme su caso, señorita...

—Tiller, Nan Tiller. He venido a usted porque me han asegurado que es uno de los mejores especialistas en litigios sobre bienes inmuebles.

—Muchas gracias, señorita Tiller. ¿Quién ha hecho tantos elogios de mi humilde persona?

—Nuestro vecino Martin Sanders. Usted le defendió en un pleito que tuvo hace un par de años, por una cuestión de límites de su propiedad. El señor Sanders asegura que ya había consultado antes con dos abogados, los cuales le habían desahuciado. Al fin vino a verle a usted y ganó el pleito.

—Ah, sí, lo recuerdo. Yo fui el clavo ardiendo para el naufragio que era Sanders en aquellos momentos —contestó Boles sonriendo—. Y bien, señorita Tiller, ¿quiere contarme su problema?

—En realidad, no se trata de litigar sobre la propiedad de unas tierras —dijo Nan—. No, nadie nos cuestiona ese derecho. Lo que sucede es que quieren obligarnos a vender y nosotras no queremos.

Boles se fijó especialmente en ciertos aspectos de las palabras de su visitante. «Nos», «nosotras»..., pero no «nosotros», lo cual

significaba que en aquel plural quedaba descartado el sexo fuerte.

—¿Cuántas son ustedes? —preguntó.

—Dos. La abuela Leonora y yo. Mis padres murieron hace quince años.

—Lo siento tantísimo. Debo deducir por tanto que, en la familia Tiller, sólo quedan la abuela Leonora y usted.

—Así es, señor Boles.

—Bien; exponga su problema, por favor.

—La abuela heredó hace muy poco una importante suma, alrededor de doscientos mil dólares. El testamento ha desaparecido y, por tanto, no se puede ejecutar ante el Banco. A menos que venda los terrenos que le pertenecen.

Boles entornó los ojos.

—Un testamento robado y lo tiene alguien, que sólo lo devolverá si la abuela Leonora vende unas tierras que son de su propiedad —dijo.

—Exactamente, así es —confirmó Nan.

—¿Quién le dejó ese dinero, señorita?

—Su padre, claro. Es decir, mi bisabuelo. Murió hace dos semanas.

El joven dio un salto en el asiento.

—Su bisabuelo... —repitió, estupefacto.

Nan sonrió hechiceramente.

—El bisabuelo Homer murió a los ciento un años de edad. Su hija, la abuela Leonora, tiene setenta y ocho en la actualidad y se conserva fuerte como un roble. Todavía se levanta con el sol para cuidar de las gallinas y otros animales domésticos, incluyendo dos vacas lecheras. Hace la mantequilla como antiguamente se hacía y elabora unos bollos y unas tortas que son pura gloria. Pero hace años andaba algo corta de dinero y se le ocurrió tomar una hipoteca sobre la granja. Su padre, esto es, el bisabuelo Homer, quiso ayudarla, pero ella es muy voluntariosa y se negó a aceptarle un solo centavo. Las cosas se han puesto feas últimamente y por eso contaba con el dinero de la herencia para rescatar la hipoteca.

—Podría solucionarlo vendiendo esas tierras, ¿no le parece?

—Sí, pero no quiere y, en el fondo, yo le doy la razón. Si fuesen más, tampoco vendería.

—El comprador, imagino, no encontró otra solución, para

obligarla a vender, que robar el testamento.

—Así es. Las tierras eran de su esposo, que murió el año pasado a los ochenta y seis años. Y yo... yo deseo ayudarla, porque la quiero mucho, ya que para mí ha sido como la madre a la que apenas conocí... y no se me ocurre ninguna idea para sacarla de este aprieto...

La voz de Nan se quebró un instante. Boles sintió una viva simpatía hacia aquella afligida muchacha.

—Bueno, bueno, quizá encontremos el modo de solucionar los problemas de la abuela Leonora —dijo persuasivamente—. Oiga, señorita Tiller, si no le importa, ¿por qué no continuamos hablando en la cocina? Haría un poco de café, cosa que, me parece, le sentaría muy bien.

Había lágrimas en los ojos de la chica. Ella se las limpió con un pañuelo.

—Gracias, señor Boles. Perdona este momento de debilidad...

—Un momento de debilidad ayuda a ser luego más fuerte —sonrió él—. Venga conmigo, por favor.

—Sí, desde luego.

Boles fue hacia la cocina y encendió uno de los fuegos. Puso una cafetera llena encima y se volvió hacia la joven.

—De modo que todos estos años ha vivido con la abuela Leonora —dijo.

—Y sigo viviendo allí —respondió Nan—. El edificio es grande y tengo una habitación, que he convertido en estudio y en la que hago diseños para decoración y también para modas. Sin embargo, me desplazo a la ciudad con gran frecuencia, ya que tengo que presentar mis trabajos y estudiar sus diseños sobre el terreno, en unos grandes almacenes. Gano un buen sueldo y...

—No siga, por favor. Si pensaba mencionar el asunto económico, olvídalo. La verdad, éste es un asunto que ya está resuelto.

Los ojos de Nan brillaron de esperanza.

—¿De veras? ¿Cómo ha sabido hallar la solución tan pronto? —exclamó.

En aquel instante llamaron a la puerta. Boles sonrió.

—Discúlpeme. Voy a echar al importuno y luego continuaremos hablando —dijo.

CAPÍTULO II

Abrió la puerta y vio a dos hombres correctamente vestidos, pero mal encarados y de expresión adusta y nada amistosa. Uno de ellos medía casi metro noventa y era ancho de hombros y muy fornido. El otro era de su misma estatura, un tanto grueso y de piel enfermiza.

—Caballeros...

—¿Es usted el abogado Boles? —preguntó el más bajo.

—En efecto, lo soy, pero en estos momentos atiendo a un cliente...

—Oh, sólo vamos a estar un minuto. Permítame, abogado.

El joven cedió, por no mostrarse descortés, y se apartó a un lado. Los visitantes cruzaron el umbral. El más bajo continuó llevando la voz cantante.

—Señor Boles, tenemos entendido que van a confiarle un caso acerca de la venta de ciertos terrenos situados en las inmediaciones de Green Gulch, ¿no es así?

—Perdonen, pero no tengo por costumbre discutir los asuntos de un cliente con personas ajenas al mismo. Hagan el favor de marcharse inmediatamente.

El individuo meneó la cabeza tristemente.

—Es una lástima —dijo—. Hemos venido en son de paz y usted no quiere avenirse a razones. Armin, ¿quieres convencer al señor Boles de que le resultaría muy conveniente olvidarse de Green Gulch?

—Oh, sí, con mucho gusto, Emil —contestó el gigante.

Boles adivinó lo que iba a suceder y levantó una mano.

—Aguarde un instante, Armin —pidió.

El sujeto le miró asombrado. Con toda tranquilidad, Boles se

quitó la chaqueta y, después de doblarla cuidadosamente, la dejó en una silla. Luego adoptó la postura de un pugilista de principios de siglo.

—Cuando guste, Armin.

El gigante se echó a reír burlonamente. De pronto, disparó un golpe.

El puño parecía una maza, pero sólo encontró el vacío. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, Armin sintió un vivísimo dolor en el pómulo izquierdo.

Atraída por la curiosidad, Nan había abandonado la cocina y contemplaba la escena desde la puerta. Le pareció que estaba viendo algo increíble.

Armin rugía de furia, mientras descargaba golpes que nunca encontraban su destino. Ágil como una ardilla, Boles saltaba continuamente, a derecha e izquierda, y cada uno de sus golpes llegaba al cuerpo o a la cara del gigante.

El otro no se sentía menos estupefacto. De pronto, comprendió que era preciso hacer algo y sacó una corta porra.

Nan gritó. El pie izquierdo de Boles se elevó rapidísimamente y golpeó el mentón del sujeto, que se desplomó en el acto.

Armin lanzó un rugido de rabia, pero los golpes continuaban llegando implacablemente a su destino. Ya tenía cerrado el ojo izquierdo, los dos pómulos hinchados y los labios partidos.

De pronto, Boles desencadenó una furiosa serie al hígado. Armin boqueó angustiosamente y abrió los brazos. Boles tomó impulso y descargó un seco rechazazo al mentón de su adversario. Armin puso los ojos en blanco y cayó de espaldas.

El suelo retembló con el impacto. Boles se volvió sonriendo hacia la muchacha.

—Las torres más altas caen más fácilmente —dijo con jovial acento.

—¡Bondad divina! —exclamó la muchacha—. ¿Dónde aprendió a boxear de semejante forma?

—Fui campeón de peso medio en la universidad. Me propusieron pasar al campo profesional, pero no me seducía la idea de rodar por los cuadriláteros y acabar un día convertido en una ruina humana. A propósito, ¿quién es el presunto comprador de las tierras de la abuela Leonora?

—Un tal Rickston Pryor, aunque sospecho que se trata de un hombre de paja de alguien que no quiere dar la cara —contestó Nan.

—Sí, es muy posible. Nan, ¿quiere traer una jarra con agua fresca?

—Claro.

Cuando volvió de la cocina vio que Boles tenía en las manos dos pistolas y una navaja automática, además de la porra que el más bajo había intentado utilizar infructuosamente.

—Estaban bien armados —comentó.

—Son tipos que se ganan la vida con la violencia —dijo el joven.

Unos chorros de agua fresca despertaron a los durmientes. Boles esperó a que estuvieran en condiciones y entonces les señaló la puerta.

—Vayan a ver al señor Pryor y díganle que no sólo no quiero dejar el asunto de Green Gulch, sino que es él quien debe olvidarlo por completo. La dueña no quiere vender y es preciso respetar su voluntad.

El más bajo se frotó el mentón, mientras dirigía al joven una venenosa mirada.

—Abogado, admiro su valor, pero las guerras no se ganan únicamente con valor —dijo—. Oír hablar de nosotros, no se preocupe.

—En tal caso, ustedes lamentarán haber tratado de intimidarme —repuso el joven fríamente—. ¡Vamos, despejen! Quiero desinfectar la atmósfera de esta casa.

Los dos hampones se marcharon. Boles se volvió hacia la muchacha.

—Tengo las manos hinchadas —sonrió—. Voy a ver si me las arreglo un poco, porque luego tengo que trabajar en unos documentos que su abuela ha de firmar mañana.

—¿Para qué? —se extrañó Nan.

—Sencillamente, concediéndome poderes a fin de representarla ante los tribunales. ¿No le dije antes que ya tenía la solución?

—Sí. ¿Cuál es?

—Permítame que me la reserve por el momento. A propósito, si el bisabuelo Homer otorgó un testamento, ¿qué abogado le representaba?

—Gerald Browne. Le daré su dirección...

—Me suena —dijo Boles—. Mañana iré a verle, antes de dirigirme a la granja. —Sonrió brillantemente—. Por cierto, aún no sé el camino. ¿Quiere indicármelo, Nan?

—Con mucho gusto —accedió la muchacha.

* * *

Mientras desayunaba, leyó el periódico y encontró una noticia que juzgó interesante.

El hombre asesinado en plena vía pública se llamaba Mario Ushing y estaba empleado en las oficinas de un tal Rickston Pryor, quien había declarado ignorar por completo los móviles que habían inducido a unos desalmados asesinos a cortar la vida de uno de sus más fieles empleados. A Boles se le antojó muy sospechoso todo aquello, pero, por el momento, tenía cosas más importantes que hacer y dejó de lado aquel asunto.

Dos amigos del muerto, Armin Hatton y Emil White habían sido interrogados también, pero ambos habían manifestado no saber nada del caso. «Mentirosos», pensó Boles. Apartó de su mente aquel asunto. Terminó de desayunar y se dispuso a salir. Media hora más tarde, estaba conversando con una atractiva secretaria.

—Quiero hablar con el abogado Browne —manifestó.

—El señor Browne no está en estos momentos —dijo la secretaria—. Pero si quiere hablar con su socio, la señora Hibbs...

Boles arqueó las cejas.

—No sabía que el señor Browne tuviera un socio —manifestó.

—Oh, sí, entró a formar parte del bufete hace un par de meses. ¿Desea que le anuncie?

Una puerta se abrió en aquel instante y una hermosa mujer, de unos treinta y cinco años, se hizo visible.

—Sally, ¿no ha vuelto aún el señor Browne? —preguntó.

—No, señora Hibbs, aunque no creo que tarde mucho...

La mujer fijó la vista en Boles.

—¿Desea algo, caballero? —preguntó.

—Vine a hablar con el señor Browne, pero puesto que no está, volveré en otro momento, señora —contestó el joven.

—Soy su socio y puedo atenderle perfectamente. Me llamo Tracy

Hibbs —dijo ella.

—Percy Boles, señora. Bien, de todas formas, expondré mi caso, aunque dudo mucho...

Tracy Hibbs sonrió.

—Entre, por favor, señor Boles.

Era muy guapa y vestía con sobria elegancia. El traje, muy ajustado, mostraba unas curvas estallantes, llenas de atractivos. El pelo era muy rubio y estaba peinado con la severidad apropiada a su posición. Pero en los ojos, marrones, había astucia y experiencia.

—Síntese, señor Boles —indicó Tracy con cortés ademán.

—Muchas gracias, señora Hibbs. En primer lugar, debe saber que soy colega suyo.

—Ah, abogado... ¿Tiene algún problema con nuestra oficina?

—Espero que no —sonrió el joven—. Represento a la señora Leonora Tiller, heredera legítima del difunto Homer Arthur Tiller, quien depositó su testamento en este bufete. El testamento ha desaparecido, según he sido informado, y puesto que fue el señor Browne quien, precisamente, se encargó del asunto...

—Conozco el caso —atajó Tracy—. Lamentablemente, ocurrió algo muy desagradable. Cierta noche, entraron ladrones en la oficina y se llevaron el testamento del señor Tiller, amén de otros documentos de importancia. Pero de todos esos documentos existían las correspondientes copias, de modo que los clientes no perdieron nada.

—Debo suponer que no existía copia del testamento del señor Tiller —dijo Boles.

—Así es, pero fue porque no dio tiempo a redactar las copias correspondientes ni a su inscripción en el registro. Sin embargo, el testamento, como usted no ignora, continúa teniendo toda validez.

—Sí, pero ¿dónde está ahora?

Tracy hizo un ademán de resignación.

—¿Quién sabe? —contestó—. Lamento no poderle darle datos al respecto, aunque pienso que debió de ser destruido. ¿No lo cree usted así?

—Tal vez, señora.

Boles se puso en pie.

—Celebro haberla conocido, colega —dijo.

Tracy le tendió la mano.

—Ha sido un placer, señor Boles —sonrió.

El joven salió al antedespacho. La secretaria le guiñó un ojo.

—No se fíe de esa lagarta —dijo en voz baja.

—¡Hum! —murmuró el joven.

—Usted ha venido a ver al señor Browne, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto.

—Entonces, vaya a verle al bar de enfrente, el

Tito's.

Se pasa allí la mayor parte del tiempo.

—No me diga...

—No sé qué le ocurre de un tiempo a esta parte. El señor Browne fue siempre un hombre abstemio y ahora no puede pasar sin beber más de diez minutos... Algo le ocurre, pero no sé qué puede ser...

—Trataré de preguntárselo yo mismo. Por cierto, ¿cómo se llama usted?

—Sally Simpson, señor.

—Un día de éstos la invitaré a cenar, Sally. Gracias por todo.

Boles abandonó la oficina y se dirigió al ascensor. Momentos después, salía a la calle.

Desde la puerta del edificio contempló la muestra del bar situado en la otra acera. Luego miró su reloj.

—Las diez y media y ya está dándole a la botella —dijo disgustadamente.

Había cerca un paso para peatones y esperó a tener la luz verde para cruzar. Cuando lo hacía, vio que se paraba un coche negro frente al

Tito's.

Un hombre se apeó y atravesó la acera, metiéndose en el bar acto seguido. Boles continuó avanzando.

De pronto, oyó tres estampidos en rápida sucesión.

La gente salió atropelladamente del bar. Boles se paró.

El hombre que había visto segundos antes salió a la carrera, se metió en el coche y éste arrancó instantáneamente. Boles apretó los puños.

Sin haberlo presenciado, sabía ya lo que había sucedido.

Ya no podría hablar con Browne. Momentos después, confirmaba sus sospechas al ver el cuerpo hecho un ovillo al pie del

mostrador.

—¿Lo conocía usted? —le preguntó uno de los policías que habían acudido al producirse el suceso.

Boles negó con la cabeza. Luego dijo:

—No, jamás lo había visto hasta ahora.

Y no mentía.

* * *

Avanzó lentamente por un camino flanqueado de copudos castaños de Indias, alternados con robles y olmos y, casi de repente, se encontró frente a la granja.

El edificio estaba en perfectas condiciones, apreció. Boles se sintió al momento atraído por la belleza del paisaje.

—Y pensar que está solamente a diez millas escasas...

Le parecía haber llegado a una especie de paraíso terrenal. Vio macizos de flores y trozos, aunque pequeños, cubiertos de césped brillante de verdor. También divisó un gran aljibe circular, de unos doce metros de diámetro, que sobresalía dos del suelo. Un poco más allá, se veía el brillo intermitente del arroyo que cruzaba el valle entre álamos y chopos de Virginia.

Las vallas ofrecían un aspecto impecable. Boles se preguntó cómo era posible que una mujer que pasaba de los tres cuartos de siglo pudiese cuidar tan bien de la granja.

Un enorme perrazo dormitaba a la sombra de un alero. El animal despertó de pronto y caminó perezosamente hacia el automóvil que acababa de detenerse. Boles se había apeado ya. El perro se le acercó, husmeó un poco y volvió grupas, para tenderse de nuevo en el mismo sitio.

—Simpático animal —dijo.

El valle era relativamente angosto y las laderas de las colinas que lo formaban, cuyas cumbres se hallaban a una distancia media de dos kilómetros, aparecían cubiertas de vegetación. Aquel paraje ofrecía un encanto irresistible y, de pronto, Boles deseó ser dueño de aquellos terrenos y tener mucho dinero para quedarse allí eternamente y disfrutar de una vida idílica y sin complicaciones.

Avanzó unos pasos. Repentinamente, oyó un estampido.

La tierra se levantó en un surtidor delante de sus pies. Luego oyó

una áspera voz de mujer que le conminaba a detenerse.

—¡Párese ahí, señor, o no respondo de mi dedo índice!

Boles levantó las manos inmediatamente.

—¡Vengo en son de paz, señora! —gritó.

Una mujer, con el pelo completamente blanco, apareció, dando la vuelta a una esquina. Llevaba unas antiparras montadas al aire y se cubría con un sombrero de fibra, de anchas alas. Las manos, enguantadas, sostenían el rifle con granítica firmeza. Pese a la vida al aire libre, el cutis de la anciana era sorprendentemente suave y delicado.

—¿Quién es usted, forastero? —preguntó ella belicosamente—. ¿Acaso otro de los granujas que quieren robarme mis tierras?

—Señora, yo...

Boles no pudo continuar. Nan asomó a una de las ventanas del piso superior.

—¡Abuela, es el abogado que te mencioné anoche! —exclamó.

Leonora Tiller bajó el rifle.

—Con que es usted el picapleitos que viene a resolver mis problemas —dijo—. Vaya, pensé que sería viejo, gordo y que llevaría una botella asomando por el bolsillo de su chaqueta, pero me equivoqué de medio a medio. Es joven y, además, parece un figurín. ¿Ha tomado ya el biberón del desayuno, pollo?

Boles contuvo una carcajada.

—No, abuelita —contestó—. Pero lo tomaré con mucho gusto si me lo ofrece usted.

Nan apareció en aquel momento y corrió hacia el recién llegado.

—Entre en la casa —invitó—. Dispense a mi abuela, pero en los últimos tiempos hemos tenido algún contratiempo y ya no se fía de nadie que no conozca.

—Éste es mi único amigo —dijo Leonora, palmeando enérgicamente la culata de su viejo rifle—. Un amigo seguro, que nunca falla, puedo asegurárselo.

Boles hizo una profunda inclinación.

—Tendré un gran placer en situarme a la altura de su rifle, señora Tiller —aseguró solemnemente.

CAPÍTULO III

Nan le sirvió café, acompañado de crema fresca y un trozo de tarta deliciosa.

—Lo ha hecho ella —dijo la muchacha, señalando a Leonora con la cabeza.

—Esta noche vendré, cuando estén durmiendo, sorprenderé a la señora Tiller, la ataré a la cama y empezaré a quemarle los pies, hasta que me dé la fórmula de la tarta —dijo Boles jovialmente.

Leonora le miró con simpatía.

—Parece un joven listo, Nan —comentó.

—No soy torpe, señora —se defendió Boles—. Bien, he traído algunos documentos que espero me firme, a fin de tener los poderes necesarios para representarla ante el tribunal de homologación de testamentarías. De este modo, aunque el testamento del difunto señor Tiller haya desaparecido, su hija, es decir, usted, señora Tiller, podrá tener acceso a la cuenta del Banco.

—¿Lo cree así, muchacho? —preguntó Leonora recelosamente.

—Por supuesto...

—Nunca he fiado mucho de picapleitos y gente de esa ralea. Y todavía hoy, no...

—Abuela, el señor Boles es un hombre honesto. Recuerda lo que consiguió en el caso del señor Sanders —dijo Nan—. Los otros abogados lo habían desahuciado y él ganó su pleito. Ahora pasará lo mismo, créeme.

—Puede estar seguro de ello, señora Tiller —manifestó el joven—. Dentro de muy pocos días, usted podrá entrar en posesión de la herencia que legítimamente le corresponde.

—Está bien, firmaré esos papeles —se decidió la anciana—. Otra cosa: tal como están los asuntos, tengo hecho mi testamento y Nan

sería mi heredera, si me sucediera algo. ¿Querrá usted revisarlo, para corregir los datos que estime necesarios?

—Con mucho gusto —repuso Boles.

Leonora se volvió hacia la muchacha.

—Ve a mi escritorio. Verás un sobre grande, de color crema. Tráemelo, por favor.

—Sí, abuela.

Nan se levantó y salió de la estancia. Boles abrió su portafolios y empezó a sacar una serie de documentos, que puso delante de la anciana, para que se los firmase, lo que hizo ella con pulso firme y sin vacilar una sola vez. Nan volvió con el sobre y lo puso en las manos del joven.

Boles leyó el documento que había en su interior y luego hizo una mueca.

—Hay un par de errores sin importancia, pero que convendría rectificar —dijo al cabo—. Si no tienen inconveniente, esta noche redactaré un nuevo testamento y volveré mañana para que me lo firme. Sin embargo, convendría disponer de dos testigos imparciales...

—Avisaré a los Sanders —dijo Nan—. Él y su esposa lo harán con mucho gusto, señor Boles.

—Perfectamente; por ahora, esto es todo. Dejen el asunto en mis manos; yo me encargaré de todo.

Leonora le miró por encima de sus antiparras.

—Joven, ahora hablemos de asuntos serios —propuso, a la vez que movía significativamente el índice y el pulgar—. ¿Cuánto?

Boles se echó a reír.

—¡Por Dios, señora! En estos momentos, el dinero es lo de menos.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué quieren quitarme mis tierras?

—Yo me refería a mis honorarios...

—Abuela, el señor Boles ya te pasará la minuta cuando haya solucionado el asunto. ¿No es eso lo que ha querido decir? —preguntó Nan, dirigiéndose al joven.

—Exactamente —corroboró él.

Se puso en pie.

—Es una propiedad maravillosa —elogió—. Comprendo perfectamente que no quieran vender. Pero ¿saben por qué quieren

comprarla?

—No tenemos la menor idea —respondió Nan.

—No hay petróleo ni oro —añadió Leonora—. Mi padre se cansó de buscar ambas cosas y, al fin, decidió que el verdadero valor de esta propiedad estaba en el suelo, fértil y pródigo en frutos de toda clase.

—Acertó, sin duda alguna, pero cuando alguien quiere comprar estos terrenos, es que tiene ocultas intenciones de conseguir mucho más de lo que pueda pagarles. Por cierto, he visto que la granja está muy bien cuidada. Puesto que usted trabaja, me parece difícil que una sola persona pueda cuidarse de tanta tarea...

—Teníamos un peón y se despidió hace una semana, el muy cerdo —contestó Leonora irritadamente—. Después de haberlo considerado casi como de la familia, va y nos deja plantadas cuando más necesitábamos de él.

—La abuela está enfadada, pero me parece que no tiene toda la razón. El señor Bruckner era ya un hombre maduro y sospecho que alguien le metió el miedo en el cuerpo —dijo Nan.

—Posiblemente —admitió Boles—. Si me dan su dirección, me gustaría hablar con él. Y a propósito, puesto que necesitan un peón, yo puedo proponerles a un conocido de toda confianza, que no se dejaría amedrentar por el mismísimo diablo que viniera a echarle de aquí.

Nan se volvió hacia la anciana.

—¿Qué te parece, abuela?

—Si lo garantiza el señor Boles...

—Absolutamente —dijo el aludido.

—Entonces, no se hable más. Mándeme aquí a esa joya bípoda, pero adviértale de inmediato que no viene a rascarse el ombligo al sol, sino a trabajar de firme. De otro modo, más vale que no se moleste en venir. ¿Estamos?

—Descuide, señora Tiller —sonrió Boles—. Mi amigo trabajará de firme y se ganará el salario que le paguen.

—Setenta semanales, comida y alojamiento.

—Perfecto. Antes de que se haga de noche, Ron Edgar estará aquí... y no sólo para trabajar, sino también para protegerlas.

Boles recogió su portafolios. Leonora hizo un ademán.

—Acompáñalo, Nan —indicó—. Hoy me siento un poco

cansada...

—Sí, abuela —contestó la muchacha.

Leonora quedó en el interior de la casa. Nan caminó junto al abogado, quien no se cansaba de admirar el paisaje.

—¿Todo esto es de la abuela Leonora?

—La mayor parte del valle —respondió Nan—. Desde luego, la oferta es buena, pero ella teme, y yo también, que alguien quiera instalar aquí algún complejo industrial. El paisaje quedaría destruido, la vegetación arrasada y... Todavía se pueden ver gamos correteando por el bosque y halcones que se descuelgan sobre una presa. ¿Cómo no ponerse de su parte, aun pensando en que, por ley natural, yo habría de heredar una fortuna?

—Sí, tiene usted toda la razón del mundo —concordó el joven—. Y haré todos los posibles para que la abuela continúe conservando su propiedad. Pero los problemas no acabarán de la noche a la mañana. ¿Sabía que Browne, el abogado de su bisabuelo, fue asesinado ayer?

Nan se estremeció.

—Es la primera noticia que tengo —contestó—. ¿Qué sucedió?

Boles le contó sus sospechas. Cuando terminó, ella se sentía muy aprensiva.

—Tendré que procurarme yo también un rifle —dijo.

—No lo crea. A ustedes no les pasará nada, directamente, claro; sería como enseñar las cartas a todo el mundo. Pero sí es posible que sufran algunas molestias y, para evitarlo, hoy mismo vendrá su nuevo empleado.

Boles estrechó la mano de la joven y se metió en el automóvil.

—Tenga confianza; todo saldrá bien —se despidió.

Nan agitó una mano con gesto amistoso. Boles suspiró, hizo dar media vuelta al coche y se alejó de lo que era un verdadero paraíso.

* * *

El hombre estaba detrás de un mostrador, con gesto aburrido, luciendo una ajada chaquetilla blanca que, evidentemente, le quedaba pequeña. Era enormemente alto y pesaba más de cien kilos. Sin embargo, cuando vio a Boles pareció animarse y sonrió anchamente.

—¿Qué le sirvo, abogado? —preguntó.

—Una copa de lo bueno, Rob —pidió Boles—. ¿Cómo marchan los asuntos?

Rob Edgar hizo una mueca.

—Ya puede ver: rutina y nada más. Usted va progresando, creo.

—Un poco, no puedo quejarme. Rob, sírvete otra; yo convido.

—Gracias.

Los dos hombres chocaron sus copas y bebieron en silencio. Al cabo de unos momentos, Boles dijo:

—Rob, sospecho que este empleo no te gusta mucho.

—Tengo que comer —se defendió Edgar.

—Sí, es algo que no se puede evitar —convino el joven—. Pero, por las tardes sobre todo, la atmósfera se carga: humo de tabaco, olor a licores y perfumes baratos... y hasta a marihuana muchas veces, ¿verdad?

—Se pone irrespirable —convino Edgar.

—Yo vengo de un sitio donde hay agua clara, hierba abundante, flores, frutales, gallinas, gansos, un perro amistoso y colinas cubiertas de vegetación.

—Ese lugar no existe, abogado. Ha salido de su imaginación.

—Te aseguro que es algo real. Pero, claro, para disfrutar de ese paraíso habría que curvar el espinazo y no hacer el vago.

—Nada me gustaría más, créame...

—Por setenta dólares semanales, comida y alojamiento.

Edgar empezó a quitarse la chaquetilla.

—¿Dónde está ese edén? —preguntó.

Boles se echó a reír y puso un papel sobre el mostrador.

—Aquí tienes el plano de la ruta —dijo—. Hay dos mujeres, una anciana de setenta y ocho años, llamada Leonora Tiller, y su nieta de, más o menos, veintidós, Nan de nombre. Ten cuidado con la anciana; tiene malas pulgas y sabe disparar. Pero en cuanto sepas que vas de mi parte se tornará pacífica, aunque, te lo prevengo de antemano, te hará trabajar.

—El trabajo no me asusta —aseguró Edgar.

—Otra cosa: es posible que haya conflictos. ¿Guardas algún arma?

—Un fusil automático, una pistola, una metralleta, municiones y cuatro bombas de mano. Recuerdos del Vietnam, abogado.

—Llévate ese arsenal y protege a las mujeres. Hay una propiedad en litigio y ya se han cometido dos asesinatos por aquel paraíso.

* * *

Boles detuvo su coche y observó al empleado de la gasolinera que atendía a los clientes. Inmediatamente comprendió que el hombre no hubiera hecho la menor resistencia al que le intimó a abandonar su puesto en la granja de Leonora Tiller.

El empleado vino hacia él a los pocos momentos.

—¿Señor...?

—Usted es Bruckner —dijo Boles.

—Sí, en efecto.

Boles le enseñó un billete de diez dólares.

—¿Quién le ordenó marcharse de Green Gulch? —preguntó, sin más preámbulos.

—Oiga, yo... Me marché porque estaba cansado de aquel trabajo...

—No trate de engañarme. Sé que estaba muy a gusto allí. Usted no se marchó porque estuviese cansado de la granja, sino porque alguien le amenazó. Dígame quién fue y no se preocupe de más.

El hombre se lamió los labios. Miró a derecha e izquierda y luego, bajando la voz, dijo:

—Eran dos tipos a los que no había visto nunca, señor. Vine a la ciudad en mi día libre y me metieron en un bar. Fuimos a un reservado. Allí me hablaron muy en serio y yo comprendí que no mentían, así que, en cuanto volví a la granja, recogí mis bártulos...

—Seguramente uno de ellos era muy alto, robusto, un hércules. El otro era más bajo, gordito, con aspecto de oficinista.

—Sí, los mismos —exclamó Bruckner—. ¿Los conoce usted?

Boles sonrió y dejó que Bruckner se apoderase del billete.

—Adiós —pisó el acelerador y empezó a separarse del poste de gasolina.

Bruckner agitó el billete.

—¡Eh, que no le he puesto combustible! —gritó.

Pero el joven ya no le escuchaba; estaba saliendo a la carretera y enfiló resueltamente la ruta de regreso a la ciudad.

CAPÍTULO IV

Armin Hatton abrió la puerta del apartamento, encendió la luz, dio dos pasos en el interior y se quedó parado bruscamente, como si le hubiesen clavado los pies al suelo. Sentado en un sillón, Boles sonreía placenteramente.

—¿Podemos hablar un poco, Armin?

Hatton emitió un bufido. Aún había señales en su rostro de los golpes que le había propinado su inesperado visitante.

—No tenemos nada de qué hablar. ¡Lárguese!

—Armin, comportémonos civilizadamente. Sabes que soy abogado y que seré discreto, porque así lo exige mi profesión. Pero puedo darte otra paliza y esta vez no tendría tantas consideraciones contigo.

—Demonios... No iré a decirme que lo que me dio fue una colección de palmaditas en la espalda...

—Pues... se le parecían mucho, pero era porque no tenía guantes en las manos. —Boles las sacó de la espalda y mostró unos guantes ligeros de boxeo—. Ahora pegaría con todas mis fuerzas.

Hatton sacó una pistola.

—Yo tengo esto contra sus guantes —dijo hoscamente.

—No, tú no serías capaz de disparar contra mí. No es tu especialidad y podrías verte en un aprieto de los gordos. Vamos, deja el arma y me quitaré los guantes.

El sujeto vaciló y acabó por guardar la pistola.

—Está bien. ¿Qué quiere de mí?

—Trabajas para Pryor, creo.

—Sí.

—Él fue, sin duda, el que os envió a amedrentarme.

—Sí. Pero no pregunte más, porque no acostumbra a dar

explicaciones.

—¿Seguro, Armin?

Hatton asintió.

—No tengo más que decirle —contestó.

—Sospecho que Pryor no actúa por su cuenta. ¿Tienes idea de la persona que está tras él?

—No.

—¿Nunca le has visto con otro?

—Hombre, tanto como eso... Pero el señor Pryor conoce a mucha gente y...

—Armin, ¿quién mató a Browne, el abogado?

Los ojos del hércules se achicaron.

—Pete *el Silbador*.

—¿Lo conoces?

—Cuando él viene por la acera, yo me voy a la de enfrente.

—Un mal bicho, vamos.

—No se lo puede imaginar.

—Seguramente, mató también a tu amigo Ushing.

—Si pudiera encontrar un día a Pete desprevenido... Pero parece que tenga ojos en la nuca...

—¿Sabes dónde podría encontrarlo?

—Voy a darle un consejo, abogado: deje en paz a Pete. Ni se le acerque siquiera. Cuando alguien estornuda a su lado y hace «at», él ya tiene la pistola en la mano antes de que el otro haga «chis». ¿Me comprende?

Boles sonrió.

—Deja eso de mi cuenta —contestó—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Suele ir mucho por casa de Lulú *la Melones*. Casi podría decir que se pasa allí la mitad de su vida. Pero no sé dónde vive...

—De modo que Lulú *la Melones* —Boles, muy divertido, hizo un gesto con las dos manos—. Seguro que los tiene así de gordos.

—Oh, no lo crea. La llaman así por pura contradicción. Es lisa como una tabla de planchar y ella se pone hecha una fiera cada vez que le dicen el apodo. El apellido es Durkin, «señora» Durkin, le gusta muchísimo más. Calle treinta y dos, setecientos uno.

Boles se puso en pie y guardó los guantes de boxeo en una bolsa que había llevado consigo.

—Gracias, Armin —dijo—. De modo que Lulú *la Melones* y Pete *el Silbador*... ¿por qué?

—Siempre está silbando. Yo creo que silba incluso durante el sueño.

Boles hizo un ligero ademán y salió del apartamento. Era ya tarde y tendría que posponer la visita a la casa de Lulú para el día siguiente.

* * *

La mañana del otro día se le pasó realizando diversas gestiones, que estimaba necesarias para llevar a buen fin el caso que tenía entre manos. Pasado el mediodía, telefoneó a la granja. Nan se puso aparato y él le dijo que al otro día iría con el testamento.

—Llegaré sobre las diez, de modo que ya puede avisar a los Sanders. ¿Qué tal el nuevo empleado, Nan?

—Estupendo. Es un hombre que vale...

—Su peso en oro.

—¡No! —rió la muchacha—. Su peso en comida. ¡Cielos, qué manera de devorar los alimentos!

—Eso es culpa de la abuela Leonora —contestó Boles—. Hasta mañana, Nan.

—Adiós, señor Boles.

—Percy, se lo ruego.

—Está bien, Percy.

Boles colgó el teléfono y sacó una pequeña agenda de bolsillo. Luego de consultar una dirección, salió de la cabina desde la que había hablado con Nan y echó a andar a lo largo de la acera. El despacho de Rickston Pryor estaba solamente a dos manzanas de distancia y no valía la pena gastar gasolina para recorrer un trayecto tan corto.

Pryor resultó ser un sujeto delgado, de rostro chupado, nariz ganchuda y mirada aviesa. Boles se dio cuenta de que Pryor se había puesto en guardia apenas le vio entrar.

—¿En qué puedo servirle, abogado? —preguntó cortésmente.

Boles reflexionó un instante. Ya se había sentado, pero, bruscamente, se puso en pie.

—En nada, no se preocupe. Adivino que no nos vamos a

entender, de modo que, ¿por qué perder el tiempo?

Pryor respingó.

—Pero si aún no ha hablado nada...

—Claro. ¿Me va a decir usted el nombre de la persona que desea adquirir las tierras de Green Gulch?

Pryor parecía completamente desconcertado. Boles continuó:

—Tampoco va a decirme qué hay en aquellas tierras, al parecer, de gran valor, ni tampoco me dirá quién robó el testamento de Homer Tiller para obligar a su hija Leonora a vender. Por supuesto, callará también que fue usted el que envió a dos gorilas para convencerme de que no me ocupara de este caso y... Bien, puesto que no va a decirme nada de lo que espero, lo mejor será que no le haga perder más tiempo. Buenas tardes.

Boles dio media vuelta y se encaminó hacia la salida. De pronto, oyó la voz de Pryor:

—¡Espere, hombre!

El joven le miró por encima del hombro.

—¿Tiene algo interesante que comunicarme?

—Bueno... ¿Sabe qué oferta le han hecho a la señora Tiller para que venda?

—Mucho dinero, creo.

—Doscientos cincuenta mil dólares. Al contado, créame.

Boles arqueó las cejas.

—Es una oferta ridícula. Green Gulch vale lo menos el triple.

—Bien, pero el comprador tiene que ganar algo. De lo contrario, no obtendría beneficio en la operación.

—Sospecho, señor Pryor, que ese comprador ganaría diez veces más, si consiguiese la propiedad de esas tierras. Pero la dueña no quiere vender, ni aunque se ejecute la hipoteca que pesa sobre su granja.

—Entonces, lo perderá todo —amenazó Pryor.

—Todavía no ha perdido un palmo de tierra ni una brizna de hierba. Otra cosa, señor Pryor. Usted no es abogado; solamente una especie de investigador, que trabaja en este asunto y con procedimientos nada éticos. Dígame, ¿quién es el abogado que representa los intereses del comprador?

—No lo sé, señor Boles.

—Miente, pero es igual. Y ya hemos hablado bastante. Ambos

conocemos las posturas de nuestros respectivos clientes. Dígale al suyo que abandone el proyecto, eso es todo.

Boles abrió la puerta. Cuando salía, oyó gritar a Pryor:

—¡A pesar de todo, echaremos a la vieja de sus tierras!

El joven no quiso molestarse en contestar. Hizo un encogimiento de hombros y buscó el camino de la calle.

* * *

Era delgada y, seguro, se afeitaba secretamente el labio superior. Boles se preguntó si no era un hombre disfrazado de mujer, a pesar del peinado recargado, los duros labios pintados rabiosamente de rojo, los grandes pendientes y el vestido estrepitosamente floreado que cubría su magra silueta. Pero Lulú sonreía amistosamente y se mostró acogedora desde el primer momento.

—Tengo todo lo necesario para que un caballero distinguido pueda disfrutar de un rato de descanso —manifestó—. Si me indica sus preferencias...

Un hombre entró en aquel instante, silbando alegremente. Era de mediana estatura, delgado, ágil y de rostro aniñado. Pero había crueldad en sus ojos muy azules.

—Hola, Lulú —saludó desenvueltamente—. ¿Dónde está Fanny?

—Ya conoces el camino, Pete —contestó la mujer.

—Está bien. Te veré después.

Pete *el Silbador*, ascendió por la escalera que conducía al piso superior. Boles había estado aguardando en la calle, hasta que lo vio llegar. El pistolero, sin embargo, se había metido en una tienda próxima, donde vendían de todo. Boles supuso que había entrado a comprar tabaco. Se le había anticipado en un par de minutos escasamente y ahora tenía la confirmación de que encontraría al pistolero en lo que, sin ninguna duda, era un prostíbulo.

Volvió a enfrentarse con Lulú.

—Joven y cariñosa, es todo lo que necesito. —Rió fuertemente.

—Le proporcionaré algo inolvidable —contestó Lulú, a la vez que le entregaba una llave—. Suba al número once, por favor.

—Ese número no me gusta. Le tengo cierta manía... ¿Puede darme el seis o el ocho?

—Claro, no hay inconveniente.

Boles sonrió.

—Un día once, hace un par de años, encontré a mi mujer en la cama con un fulano —mintió desvergonzadamente—. Y era el aniversario de boda, ¿sabe?

—Las hay que no tienen sentido de la dignidad —refunfuñó Lulú—. Lo siento, caballero..., aún no he oído su nombre.

Boles le guiñó un ojo.

—Smith, Joe Smith.

Lulú se echó a reír.

—Perfectamente, «señor Smith».

El joven subió al primer piso y buscó la habitación número seis. Entró y se acercó a la ventana. Había una cornisa en la pared exterior y vio que era un camino perfecto para pasar a la habitación contigua. Pero era preciso aguardar un poco.

Se acercó al tabique medianero y pegó el oído. Oyó rumores de voces y risitas femeninas, pero no pudo captar palabras inteligibles. De pronto, oyó que se abría la puerta y se separó rápidamente de la pared.

Una rubia despampanante entró y le miró con picardía.

—Señor Smith... Me llamo Arabella y estoy por completo a su disposición —dijo insinuantemente.

Boles avanzó hacia la rubia con un billete en la mano.

—La tarifa es...

—Cien dólares a la hora.

El billete fue a parar al centro del opulento escote femenino. Boles sacó otro de la misma denominación.

—Éste es para ti —dijo—. No lo menciones a Lulú.

Arabella le miró inquisitivamente.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó.

—En la habitación de al lado está un tipo llamado Pete *el Silbador*. ¿Cómo podrías apartar unos minutos a la chica que lo acompaña?

Arabella reflexionó unos instantes.

—Usted quiere hablar con Pete privadamente —dijo al cabo.

—Así es —confirmó Boles.

—Muy bien. Vamos a esperar un cuarto de hora, para que Lulú no sospeche nada. Luego yo me ocuparé del resto.

—Pero, mientras tanto...

Boles hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—No, lo siento... y muy de veras, porque estás como para devorarte viva, pero no quiero perder facultades. Si todo sale bien, vendré a verte después de haber hablado con Pete. ¿Estamos?

—O. K. ¿Tomamos una copa mientras tanto? Está incluido en el precio de... la diversión.

—Eso ya me gusta un poco más —sonrió Boles.

Un cuarto de hora más tarde, Arabella se dispuso a salir.

—El cuarto quedará libre cuando toque en esta puerta con los nudillos dos veces —dijo.

—Entendido.

Boles se quedó solo. Pasaron unos minutos. De pronto, sintió en la puerta unos ligeros golpecitos.

Entonces, cruzó la habitación, levantó el bastidor de la ventana y puso sucesivamente los dos pies en la cornisa.

CAPÍTULO V

El pistolero tendido en la cama, desnudo, aunque cubierto parcialmente por una sábana, fumando con aire placentero. Boles sintió en el acto una vivísima repugnancia por un hombre como el Silbador, que mataba por dinero.

Pete no se había dado cuenta aún de su presencia. Boles alzó muy despacio el bastidor y saltó al interior de la estancia. Entonces, Pete se sentó en la cama.

El asesino actuó relampagueantemente y se tiró hacia una silla, en la que se veían sus ropas, con ánimo de llegar a la pistola que guardaba allí. El pie de Boles fue más rápido y lo alcanzó en un costado, tirándolo por tierra.

Pete emitió un rugido inhumano y se levantó botando como si fuese de goma. Boles disparó el puño derecho y lo envió al extremo opuesto de la habitación. Luego se arrojó sobre el sujeto y empezó a machacarle metódicamente el rostro.

Al cabo de unos momentos, Pete se desmadejó y quedó al borde del desmayo. Boles lo condujo al baño y le metió la cabeza bajo el chorro de agua fría. Cuando sintió que el sujeto se recobraba, le secó la cara violentamente y luego le sacó a patadas a la otra habitación, para terminar arrojándolo sobre una silla, en la que se quedó, consciente, pero sin ánimos para reaccionar.

—Pete, ¿quién te ordenó matar al abogado Browne? —preguntó.

El Silbador le miró con ojos vidriosos.

—No lo sé...

Boles le enseñó el puño.

—¿Continúo el tratamiento?

—Le juro que no lo sé... Es el otro el que se encarga de tratar con el..., el que me contrata...

—El que conduce el coche —adivinó Boles.

Pete asintió.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Tiene... un pequeño taller en la calle catorce... el nombre es... Butch Hyleck...

—Está bien, es suficiente.

Boles se encaminó hacia la ventana. De pronto, oyó un ruido a su espalda.

Giró velozmente. Pete saltaba hacia su revólver y consiguió alcanzarlo, justo cuando Boles se le arrojaba encima. El joven pudo aferrar la muñeca del pistolero y la retorció violenta y súbitamente.

El revólver explotó, con la boca del cañón pegada al desnudo pecho de su dueño. Los ojos de Pete se abrieron desmesuradamente.

—Cristo... —jadeó.

Boles vio la sangre que brotaba de la herida y retrocedió un paso. Pete soltó el revólver, lanzó una bocanada de sangre y giró lentamente a la vez que caía hacia adelante.

El disparo no había hecho apenas ruido, apagado por la propia carne del pistolero. Durante unos segundos, Boles permaneció indeciso, lamentando lo ocurrido, aunque sin mostrar demasiado pesar por la muerte de un asesino.

Pete había dejado de moverse. Inclinandose hacia él, tomó su muñeca. Ya no había pulso en un corazón, seguramente destrozado por el proyectil.

Reaccionó y corrió hacia la ventana. Miró hacia abajo.

El suelo estaba a poco más de cuatro metros. Estudió el terreno un instante y luego saltó a un lugar donde la tierra estaba blanda. Corrió una docena de metros, dio media vuelta, por un sendero de piso firme, tomó carrerilla y saltó hacia arriba, para agarrarse a la cornisa con las dos manos. Instantes después, estaba de nuevo en la habitación.

Arabella vino un par de minutos más tarde. Boles estaba tomando una copa.

—Ya he terminado de hablar con Pete —dijo sonriendo.

—Entonces, tú y yo podríamos charlar unos minutos...

El joven la contempló durante unos instantes. No se sentía muy feliz, teniendo que hacer algo que no le gustaba demasiado, pero era una buena forma de evitar complicaciones. Sonriendo, hizo una

señal con el dedo índice y Arabella se quitó la bata.

La ropa interior era negra, con muchos encajes. Boles se quitó la chaqueta y empezó a aflojarse el nudo de la corbata.

—Arabella, ¿qué ha dicho tu amiga? —preguntó.

—Nada. Es muy discreta. No hará preguntas ni despegará los labios. Aquí aprendemos a mantener la boca cerrada siempre, pase lo que pase.

Boles se soltó la hebilla del cinturón.

—Eso merece un premio... en especies —dijo.

Más tarde, se oyó un agudo chillido en la habitación de al lado. Arabella se incorporó en la cama y miró fijamente a su acompañante.

—No he sido yo —dijo Boles—. Estaba vivo cuando lo dejé.

Arabella se encogió de hombros.

—Tampoco mi amiga lo echará de menos —manifestó.

Más tarde, Boles pudo regresar a su casa, sin inconvenientes especiales, salvo las inevitables preguntas por parte de los policías que habían acudido a investigar la muerte de Pete *el Silbador*. Pero cuando encontraron las huellas en la tierra blanda, Boles supo que nadie le relacionaría con un suceso del que, en modo alguno, se sentía culpable.

—Y todo esto —se dijo, mientras se disponía a descansar en la cama—, está relacionado de algún modo con la granja y el valle. ¿Qué diablos puede haber en aquel hermoso valle?

* * *

La luna iluminaba el valle casi como si fuese de día. Ron Edgar dormía plácidamente en un cobertizo anejo al edificio principal, cuando, de repente, oyó gruñir al perro.

El can era amable normalmente, pero si alguien se acercaba de forma subrepticia recordaba en el acto cuál era su misión. Edgar aguzó el oído y pudo captar un cuchicheo a poca distancia de su alojamiento.

—Toma, perrito, toma...

Edgar se levantó en silencio. Sin hacer el menor ruido, se puso las botas y los pantalones y luego agarró el rifle automático que formaba parte de su arsenal, junto con un par de cargadores de

repuesto. La metralleta le pareció algo exagerado. Sin duda bastarían unos cuantos tiros al aire y...

Abrió la puerta poco a poco. El perro había dejado de gruñir y mascaba algo que hacía un ruido inconfundible.

—Huesos —adivinó Edgar.

Pero los huesos no estarían solos, calculó. Dio la vuelta al cobertizo y se asomó por la otra esquina.

La luz de la luna le permitió ver a dos sujetos no lejos del can. Uno de ellos dijo:

—¿Tardará mucho?

—Casi nada. Le he puesto una dosis de caballo.

—La «diñará»...

—No lo creo. Dormirá un día entero o cosa así. Mira, ya le está haciendo efecto. Anda, trae la gasolina.

—Está bien.

El perro se desplomó de pronto al suelo. Edgar oyó un suspiro de satisfacción.

El intruso se había quedado solo, pero su compinche volvió a los pocos momentos con algo brillante en la mano derecha. Edgar se dijo que ya era hora de pasar a la acción.

—Amigos —dijo—, si han pensado en pegar fuego a la granja, olvídenlo.

La sorpresa de los dos sujetos fue total.

Edgar vio sus movimientos y adivinó lo que iba a suceder. Inmediatamente, se tiró al suelo.

Los fogonazos taladraron la oscuridad, a la vez que sonaban potentes estampidos. Desde el suelo, Edgar hizo fuego violentamente, concentrando sus disparos sobre el individuo que portaba la lata de gasolina.

El sujeto lanzó un espantoso aullido, tiró la pistola y se desplomó de espaldas.

El otro emprendió una presurosa retirada, corriendo en zigzag, sin dejar de hacer fuego con su pistola. Edgar trató de alcanzarle, pero el hombre llegó a una zona oscura y lo perdió de vista.

Tenía que atraparlo, se propuso. Cuando echaba a correr, llameó un rifle en el piso superior. La bala hizo saltar tierra entre sus pies.

Retrocedió vivamente, gritando:

—¡Cuidado, señora Tiller! ¡Soy yo, Ron Edgar!

—Ron, ¿qué diablos está pasando? —preguntó Leonora—. ¿Por qué esos disparos?

—Alguien quería pegar fuego a la granja, pero, por fortuna, desperté a tiempo...

El ruido de un coche que se alejaba a toda velocidad se oyó en aquel momento. Edgar maldijo entre dientes. La intervención de la anciana le había impedido dar alcance al otro sujeto.

Las luces se encendieron en la casa. Momentos después, abuela y nieta hacían su aparición en el patio.

Nan gritó al ver un cuerpo caído en el suelo. Edgar señaló la lata con el cañón de su revólver.

—Por fortuna, no la he agujereado —dijo—. Pero no la toquen, para que la policía pueda sacar las huellas dactilares.

—¿Está muerto? —preguntó Nan temerosamente.

—Más que mi abuela —contestó Edgar—. Oh, señora Tiller, dispenseme...

Leonora soltó una risita.

—No se preocupe, Ron; ha hecho lo que debía. Es usted el que debe perdonarme; he estado a punto de perforarle el pellejo.

—Eso no importa ahora. —Edgar se volvió hacia la muchacha—. Señorita Nan, ¿conoce usted a un veterinario?

—Sí —se sorprendió ella—. Es el que viene a atender a los animales de la granja cuando alguno está enfermo. Pero ¿por qué...?

—Esos tipos le dieron un narcótico a «Orión». Les oí decir que era una dosis de caballo y que el animal dormiría veinticuatro horas. Pero me parece que es bastante viejo y quizá no lo resista. Llame al veterinario para que le haga un lavado de estómago.

—Sí, ahora mismo.

Nan echó a correr. Leonora y el hombre quedaron frente a frente.

—Ron, los tiene usted bien puestos —dijo la anciana.

Edgar se inclinó profundamente.

—En su sitio, señora —contestó.

* * *

Frenó el coche suavemente y se apeó frente a la ancha puerta

del taller, en cuyo interior había un par de operarios hurgando en sendos coches. Al cabo de unos segundos, se apeó y cruzó la acera.

—Hola —dijo—. Busco a Butch. ¿Es alguno de ustedes?

Uno de los mecánicos se incorporó y le miró inquisitivamente.

—Está allí. —Señaló una garita acristalada, situada a cinco metros del suelo—. ¿Necesita algo en su coche?

—Otro nuevo, pero aquí no los hay —respondió Boles, a la vez que echaba a andar hacia la escalera en voladizo que permitía el acceso a la garita.

Cuando llegó arriba, vio una pequeña mesa de despacho, dos sillas, una ocupada, montones de papeles, un teléfono y a un hombre que lo utilizaba en aquellos momentos. Entreabrió la puerta y escuchó unas frases coléricas del dueño del taller.

—No, ni hablar. No me busque más para esa clase de tareas. Ya he hecho bastante y no tengo ganas de acabar como...

Hyleck se interrumpió de pronto y tapó el teléfono con una mano.

—¿Qué diablos quiere? —preguntó de mal talante—. ¿No ve que estoy ocupado?

—Termine, sin prisas —dijo Boles sonriendo—. Esperaré todo lo que sea necesario.

—En seguida le atiendo. —Hyleck destapó el teléfono de nuevo—. Ya hemos hablado bastante —alzó la voz—. Por mi parte, hemos terminado. Eso es todo.

El teléfono chasqueó al golpear la horquilla. Luego Hyleck hizo un ademán.

—Pase —indicó—. Disculpe, pero no podía dejar la conversación... ¿En qué puedo servirle?

Boles entró y cerró a sus espaldas la puerta de cristales.

—Usted es Hyleck —dijo.

—Así me llamo, en efecto, señor...

—Por lo menos, hace dos días, conducía el coche en el que viajaba un tipo llamado Pete *el Silbador*. Pete mató a un abogado, llamado Browne, en un bar, cuyo nombre es Tito's.

¿Verdad que no me equivoco?

El rostro de Hyleck se puso gris.

—No sé de qué me está hablando. Jamás he tenido contactos

con asesinos profesionales...

—Yo sólo he dicho que Pete mató a un abogado, no que fuera un asesino profesional.

Hyleck se atiesó en su asiento.

—Repito que no sé nada...

—¿Quién les pagó para que matasen a Browne y, seguramente, también, a un tipo llamado Mario Ushing?

—Mire, amigo, si sólo ha venido a contarme cuentos de miedo, será mejor que se largue. Tengo trabajo y no puedo perder el tiempo con tonterías.

—¿Tonterías? —repitió el joven—. Quizá el hombre con el que estaba hablando no lo considere así.

—Era un cliente. Está enfadado porque nos hemos retrasado en la reparación de su coche. Usted no tiene derecho a pensar mal de mí...

—Tengo todo el derecho del mundo, porque esas muertes están relacionadas con cierta operación de compra de unos terrenos, a la cual se opone mi cliente. ¿Qué pasa, Butch, acaso su «cliente» le encargó buscar otro «matador»?

En la cara de Hyleck no quedaba color. Ahora sudaba copiosamente, lo cual le dijo a Boles que había acertado plenamente.

De pronto, divisó una agenda abierta encima de la mesa. Dada la pequeñez del cuarto, estaba rozando el borde de la mesa con los muslos. Súbitamente, alargó la mano y se apoderó de la agenda.

—¡Deme eso! —chilló Hyleck.

—Ni lo sueñe. Ahora sabré quién es el tipo que les contrató para cometer esos asesinatos...

El sujeto pareció enloquecer. De pronto, metió la mano en el interior de un cajón y sacó un revólver, con el que encañonó al joven.

—Deme esa agenda —dijo duramente—, o, por Dios, que le pego un tiro aquí mismo.

CAPÍTULO VI

Boles escrutó el rostro del individuo y vio que estaba desesperado. Él le había descubierto y sabía que su secreto había dejado de serlo. Hyleck, dedujo, estaba dispuesto a todo; se veía claramente en el temblor del arma que sostenía con mano insegura.

—Está bien, no discutiremos por una minucia —dijo sonriendo.

Arrojó la agenda sobre la mesa y la hizo resbalar, hasta que chocó con las piernas del otro. Hyleck apartó la mirada un segundo, pero fue suficiente para Boles.

Su mano izquierda desvió el revólver con un seco golpe. A través de la mesa, disparó el puño derecho y Hyleck retrocedió hasta chocar con la otra pared.

El hombre había perdido su revólver y trató de incorporarse. Boles dio la vuelta a la mesa y volvió a atacar de nuevo, ahora con todas sus fuerzas.

Hyleck pareció volar por los aires. Chocó contra la pared de cristal, que estalló fragorosamente, la atravesó y cayó, afortunadamente, sobre el techo de lona de una pequeña camioneta, de donde resbaló al suelo, sin sufrir mayores daños.

Los dos mecánicos le miraron estupefactos desde abajo. Boles recobró la agenda, se la echó al bolsillo y buscó la escalera.

Cuando llegó abajo, Hyleck se incorporaba, todavía aturdido y con la mirada vidriosa. Sin hacerle el menor caso, salió del taller, cruzó la acera y se metió en el coche.

Al disponerse a arrancar, vio llegar a otro coche, que se detuvo justamente delante del suyo. Dos hombres se apearon inmediatamente y, al verlos, Boles sintió un escalofrío.

Comparado con cualquiera de aquellos dos sujetos, Pete *el Silbador* había sido un inofensivo jilguero. Ambos eran altos,

fornidos, de rostros sombríos y usaban sombreros, con el ala echada sobre la frente. En el lado izquierdo de cada chaqueta era fácil ver unos siniestros abultamientos.

Boles presintió lo que iba a suceder, pero se dijo que no podía hacer nada por evitarlo.

Sin embargo, podía ponerles en un aprieto. Rápidamente, se apeó del coche y vio que no había otro hombre al volante. Agachándose, empezó a vaciar, de aire la rueda delantera izquierda.

Bruscamente, oyó unos gritos en el taller. Luego sonaron varios estampidos.

Boles se incorporó. La llave de contacto había sido dejada imprudentemente en el coche de los pistoleros. Abrió la puerta, tiró de ella y corrió hacia su automóvil.

Cuando accionaba el contacto, vio salir corriendo a los pistoleros. Ellos sólo vieron a un asustado conductor que escapaba a la carrera, amedrentado por los disparos. Boles sonrió para sí. Se iban a llevar una buena sorpresa cuando viesan que tenían cortada la retirada.

No se detuvo a ver qué sucedía, sino que procuró alejarse lo más posible de aquel lugar. Hyleck había muerto, bien mirado, se lo merecía tanto como Pete. El mundo estaba mejor sin granujas como ellos.

* * *

El timbre de la puerta interrumpió su labor. Se levantó para abrir y sonrió muy pronto al ver a Nan.

—Pase —invitó—. Tengo ciertas buenas noticias para usted, aunque no se pueden considerar todavía como definitivas.

—Las mías no son tan excelentes —contestó ella—. Por fortuna, nos envió a un tipo que supo protegernos. Me refiero a Ron, claro.

Boles arqueó las cejas.

—¿Qué ha pasado?

—Intentaron quemarnos la granja. Ron despertó a tiempo y salió a ver qué sucedía. Eran dos tipos y empezaron a disparar. Ron tenía su rifle y mató a uno de ellos.

—Era uno de los mejores tiradores de su batallón —dijo Boles—. ¿Tomamos un poco de café?

—Sí, gracias.

Boles tenía la cafetera en el despacho y llenó dos pocillos. Después de tomar unos sorbos, dijo:

—Ustedes tienen un perro. ¿Por qué no atacó a los intrusos?

—«Orión» es muy manso. Además, aquellos hombres le dieron un potente narcótico. Por fortuna, el veterinario consiguió salvarle la vida.

—Tienen que procurarse un verdadero mastín, Nan...

—La abuela no quiere. Dice que los perros fieros dan más disgustos que beneficios procuran con su protección. Y, me parece, que no deja de tener razón. Jamás se ha visto obligada a atar a «Orión».

—Es una forma de pensar, claro. A ustedes no les ha sucedido nada.

—Afortunadamente, aunque me pregunto qué habría pasado si Ron no hubiese estado en la granja...

—Nunca especulé con lo que pudo haber sido y no fue —aconsejó Boles—. Sólo es preciso afrontar lo que va a suceder y, en su caso, las perspectivas son inmemorables.

—A ver, cuénteme —pidió ella con avidez—. Estoy muerta de curiosidad...

Boles se echó a reír. Sacó cigarrillos y ofreció uno a la muchacha, pero ella lo rechazó. Después de encenderlo, él dijo:

—Mañana presentaré ante el tribunal una demanda de atribución de condiciones de heredera plena a favor de Leonora Tiller. Espero que la vista de la causa no se demore más allá de una semana, sobre todo, teniendo en cuenta que los documentos prueban plenamente los derechos de la abuela.

—Estupendo —dijo Nan—. Pero una semana... Es apenas un poco menos del plazo del vencimiento de la hipoteca.

—Nan, con la sentencia del juez en la mano, el Banco le facilitará los créditos necesarios para cancelar la hipoteca —aseguró el joven.

—Entonces, ¿no hace falta testamento?

—Nos habría ahorrado muchos inconvenientes, pero podremos pasarnos sin él. Vaya a casa y dígaselo así a la abuela.

Ella sonrió deliciosamente.

—Y usted, ¿por qué no nos pasa la minuta de honorarios?

—Pero si todavía no he terminado...

—Al menos, un anticipo. Mi cuenta no está vinculada para nada a las propiedades de la abuela.

—Mire, Nan, dígle a Leonora que me prepare un pollo asado, de los que tiene ella, que se crían como fieras salvajes, y el domingo iré y no dejaré ni los huesos. ¿Le parece bien?

—Cuente con su pollo, Percy —dijo Nan, con ojos chispeantes—. Gracias por todo; créame, la abuela se sentirá mucho mejor cuando le lleve estas noticias.

—Así lo espero —dijo Boles.

—Pero... hay algo que me intriga sobremanera... Percy, ¿por qué tienen tanto empeño en comprar las tierras de Green Gulch?

—Eso es, precisamente, lo que yo trato de averiguar —contestó él, muy serio.

* * *

El rótulo de la puerta decía: S. CONRAD. AGENTE DE FINCAS. Boles tocó con los nudillos y esperó unos momentos.

Alguien gritó desde el interior:

—¡Pase el que sea y siéntese!

Boles empujó la puerta y se halló en un despacho de pobre apariencia, con el mobiliario muy ajado y el papel de las paredes desconchado en algunos sitios. Torció el gesto inmediatamente.

—Este Conrad no ha vendido en su vida tierra para un tiesto —masculló.

Una puerta lateral se abrió en aquel momento y un hombre en mangas de chaleco se hizo visible. Miró al joven y sonrió.

—Perdone, estaba lavándome las manos... Soy Stacey Conrad —se presentó—. ¿En qué puedo servirle, caballero?

—Señor Conrad, ¿tiene usted algún interés en comprar los terrenos de Green Gulch?

La expresión del sujeto varió instantáneamente.

—No sé de qué me está hablando —dijo—. Jamás he oído hablar de esa propiedad.

Calmosamente, Boles extrajo una libreta de su bolsillo, la abrió por una página que ya tenía señalada y leyó:

—S. Conrad. Por M. U. \$ 2500,

1500 p. P.

y

1000 p.

m. Por G. B., ídem de ídem... —Carraspeó un poco y añadió—: Voy a traducirle al lenguaje de las personas decentes. «Stacey Conrad ha pagado dos mil quinientos dólares por el asesinato de Mario Ushing y mil quinientos fueron para Pete y mil para el autor de la anotación, esto es, Butch Hyleck. Por el abogado Browne, lo mismo». ¿Comprende ahora?

Miró a Conrad. El sujeto aparecía tenso, pálido, pero no acobardado en modo alguno.

—Debe de ser una coincidencia —dijo—. Jamás he tenido relación con esos dos sujetos que ha mencionado.

—Permítame que le diga que es un mentiroso —contestó el joven tranquilamente—. En el rótulo de la puerta figura que es usted agente de fincas, esto es, se dedica a la compraventa de tierras. ¿No es verdad?

—Sí, y tengo la licencia en regla...

Boles blandió la libreta.

—Esta agenda pertenecía a un tal Hyleck —dijo, inflexible—. Hay en ella un montón de direcciones y números de teléfono, pero sólo una dirección y un número correspondientes a un agente de fincas.

Conrad abrió la boca, como si le faltase aire.

—Usted —siguió el joven—, quería hoy encargarle otro asesinato y Hyleck se negó. No me lo discuta, porque lo oí yo, cuando hablaban ambos por teléfono. Ahora bien, voy a hacerle la merced de suponer que no es usted el comprador, pero quiero que me diga su nombre. Nada más que eso, Conrad..., o la libreta irá a parar a manos de la policía.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Conrad empezó a pasearse arriba y abajo por la miserable habitación.

De pronto, se detuvo, con la espalda junto a la ventana que daba a la calle.

—Hagamos un trato —propuso.

—Espero que valga la pena —contestó Boles, impasible.

—Yo le diré el nombre y usted, delante de mí, romperá esa página. La quemaremos aquí mismo y... ¿De acuerdo?

—Tiene mi palabra, Conrad.

—Muy bien. El nombre es...

Súbitamente, algo provocó un chorro de sangre en el pecho de Conrad. Los ojos del sujeto se agitaron horriblemente, a la vez que su cara se deformaba en una mueca espeluznante.

Boles oyó cerca de él un ruido sordo. Cuando vio que Conrad se venía abajo, comprendió que alguien le había disparado con un potente rifle, desde el otro lado de la calle.

Entonces saltó a un lado, pero ya no hubo más disparos. El rifle, calculó, debía estar provisto de silenciador, porque no había percibido ninguna detonación. Luego, con grandes precauciones, dio la vuelta a la estancia y miró por uno de los lados de la ventana.

Al otro lado de la calle había un gran edificio, de unos quince pisos y varios apartamentos en cada planta.

—Demasiadas ventanas... —murmuró amargamente.

Se arrodilló junto a Conrad. Ya no se podía hacer nada por el sujeto.

El tirador había demostrado tener una puntería fenomenal. Desde ochenta metros, al menos, había atravesado limpiamente el corazón de Conrad, cuya muerte, lógicamente, había sido instantánea.

Allí ya no tenía nada que hacer, se dijo. Discretamente, fue hacia la puerta, borró las huellas del pomo y emprendió el regreso a su casa.

Cuando entró, oyó el timbre del teléfono. Levantó el aparato.

—Boles —dijo.

—Abogado, usted estaba esta tarde en el despacho de Conrad —habló un desconocido al otro lado de la línea.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el joven.

—Le vi por la mira telescópica de mi rifle. Procure que no vuelva a mirarle otra vez de nuevo por ese aparatito. ¿Ha comprendido lo que quiero decirle?

—Escuche...

—Eso es todo —cortó el sujeto—. Abandone el asunto de Green Gulch y yo me ahorraré un cartucho de rifle. Adiós.

Sonó un chasquido. Boles colgó el teléfono, sumamente pensativo y bastante preocupado.

Pero, aunque sentía la natural aprensión, no por ello pensaba

dejarse intimidar por las amenazas de un asesino de puntería infalible.

Se preguntó quién podría ser aquel hombre. Quizá Ron...

—Hablaré con él mañana. Hoy tengo que hacer otra cosa —murmuró, mientras volvía a levantar el teléfono para marcar un número.

Momentos después, oyó una voz femenina:

—Sally Simpson. ¿Quién es?

—Percy Boles. ¿Me recuerda, Sally?

—Claro. ¿Quién podría olvidarle, señor Boles? —rió la secretaria.

—Oiga, ¿nos escucha alguien?

—Ahora estoy sola... La señora Hibbs ha salido...

—Estupendo. Sally, ¿recuerda que el otro día le prometí que cenaríamos juntos?

—A decir verdad, pensaba que ya lo había olvidado —contestó ella.

—No lo había olvidado; lo que sucede es que tengo mucho trabajo. Pero esta noche tengo unas horas libres para acompañarla a cenar.

—¿Dónde, señor Boles?

—¿Qué le parece mi casa, Sally?

—¡Hum! Eso me huele a encerrona...

—«Es» una encerrona —dijo el joven desenfadadamente.

Boles oyó una risita maliciosa.

—Tengo ganas de saber en qué consistirá la trampa..., Percy.

—A partir de las siete y media, conocerás todos los detalles —aseguró él.

CAPÍTULO VII

El índice de Boles recorrió cierta superficie redondeada y se detuvo en un picudo vértice de color rosa fuerte. Sally se estremeció.

—No seas malo, tú —dijo.

—Es que la trampa no está completa todavía...

—No está completa —suspiró ella—. Pues ¿qué pasará cuando hayas concluido?

—La noche es larga, preciosa. Me parece que la encerrona no te ha desagradado, ¿verdad?

—Debería repetirse a diario —dijo Sally.

—Sería demasiado. Todo lo bueno, muy seguido, acaba por cansar.

—En eso sí tienes razón. Bueno, ¿qué diablos quieres saber?

Boles se sentó en la cama, sorprendido.

—Sally...

Ella giró un poco y se apoyó en un codo.

—Percy, no nos engañemos —dijo, muy seria—. Sé que estoy apetitosa, pero no soy tan tonta como para pensar que te has chiflado súbitamente por mí. Tú buscas algo más que un rato de placer, ¿verdad?

—Eres directa, Sally —comentó él.

—Es lo mejor. Tú andas preocupado con el testamento de la vieja, ¿no es así?

—¿Qué sabes del asunto?

—Browne empezó a chillar un día, diciendo que le habían robado ese testamento, pero, para mí, no era más que una comedia. La señora Hibbs le aconsejó que avisara a la policía, pero él dijo que sería una pérdida de tiempo y que no valía la pena molestar a los agentes por algo en lo que nada podrían hacer.

—¿Cómo dedujiste que era una comedia?

—Hombre, tiene un buen sistema de alarma y él lo conectaba a diario, la mayor parte de las veces, delante de mí. Ese sistema estaba conectado con la comisaría más cercana. ¿Lo entiendes ahora?

—Tú supones que fue él quien hizo desaparecer el testamento.

—O la señora Hibbs. Gritaron mucho; yo diría que demasiado, pero es para que yo lo oyese y creyese de verdad en el robo.

—Entiendo. ¿Qué más, Sally?

—Fue a partir de ese momento cuando Browne empezó a beber. Siempre había sido un abogado honesto, hasta el día en que la señora Hibbs apareció por el despacho y dijo que se convertía en su asociada. Yo pensé que Browne se negaría, pero me quedé estupefacta al ver que se convertía en un borreguito, que obedecía mansamente todo lo que ella le decía. Creo que el pobre hombre no lo pudo soportar y por eso se dio a la bebida...

Boles, muy pensativo, encendió dos cigarrillos y pasó uno a su invitada. Sally exhaló el humo largamente.

—Quizá un chantaje —dijo él, pasados unos momentos.

—Para mí no hay otra explicación.

—Sí, tuvo que ser un chantaje —murmuró Boles.

—Pero un día, cuando volvía del

Tito's

como una cuba, le oí mascullar que ya estaba harto de todo y que en cualquier momento podría explotar...

—¿Cuándo fue eso, Sally?

Ella entornó los ojos.

—Dos días antes de su muerte —respondió—. La señora Hibbs trató de apaciguarlo y parece que lo consiguió. A mí —añadió la rubia— me gustaría saber qué poder tenía esa mujer sobre un hombre que siempre fue bueno y considerado conmigo. Sentí mucho su muerte, créeme.

—No lo dudo en absoluto. ¿Tienes ahora quejas de Tracy Hibbs?

—Ninguna. Se muestra cortés y amable, pero parece una gata dispuesta a enseñar las uñas en cualquier instante. Si encontrase otro empleo, me iría de inmediato, te lo aseguro.

—No lo hagas, podría sospechar de ti. Lo mejor es que continúes como hasta ahora, sin dar a entender en absoluto que sabes cosas

que pueden resultar peligrosas. Disimula, es lo mejor.

—Está bien, así lo haré. ¿Qué más, Percy?

—Pues... ya no sé qué preguntarte, porque, en todo caso, para saber si Tracy hacía chantaje a Browne, habría que hablar con ella en persona y no creo que soltase prenda.

—No, no diría nada —convino Sally—. Pero, me parece, también tiene sus asuntillos... A fin de cuentas, es una mujer muy guapa y aunque se hace llamar señora, no sé todavía si es soltera, casada o viuda. Sin embargo, la he visto con un hombre en dos ocasiones.

—¿De veras, Sally?

—Es un tipo alto, distinguido, con las sienes blancas y aspecto de financiero de altos vuelos. No sé cómo se llama, pero los vi dos veces, repito, en un restaurante de los caros, el Tiberius Imperator. ¿Lo conoces?

Boles se estremeció.

—Ahí cobran hasta el aire que respiras —dijo.

Sally lanzó una risita.

—A mí como me invitaron...

—Algún día te llevaré yo a ese restaurante —prometió Boles.

Sally le abrazó ardientemente.

—Prefiero esta clase de invitaciones —aseguró, mientras buscaba sus labios con voracidad nada disimulada.

* * *

«Orión» estaba tumbado a la sombra y no se movió cuando Boles desembarcó del coche. Leonora miró al joven con sus ojos que no habían perdido brillo ni perspicacia a pesar de la edad.

—¿Nos trae algo de nuevo, muchacho? —preguntó.

—Esto vale muchísimo —dijo.

—Es un regalo para la vista y es algo que no tiene precio.

—Otros piensan que el paisaje les importa un rábano y que el valor de las tierras está en algo que todavía no alcanzo a comprender.

—No venderé, ni aunque me apliquen hierros ardientes en las plantas de los pies —dijo Leonora rotundamente—. Y no me importa lo que unos desalmados puedan o quieran hacer con el

valle, porque no lo harán, mientras que yo tenga un aliento de vida.

—Durarás más que las pirámides de Egipto, abuela —dijo Nan, saliendo de la casa en aquel momento—. Hola, Percy.

—¿Qué tal? —sonrió el joven—. «Orión» no parece encontrarse demasiado bien —comentó.

—Aún no se ha repuesto del todo, pero acabará por curarse. ¿Son buenas las noticias?

—Digamos que son noticias, simplemente. Todos los tipos que tomaron parte en los asesinatos de Ushing y del abogado Browne, han muerto violentamente. El que contrató a los asesinos murió delante de mí. Iba a decirme el nombre de la persona que le había encargado esos «contratos», pero la bala que le dispararon resultó demasiado oportuna.

—Es un contratiempo muy serio, ¿no cree?

—De todos modos, voy haciendo progresos. No son rápidos, pero sí gano terreno paso a paso. Señora Tiller, ¿a cuánto asciende la hipoteca sobre la granja?

—Veinte mil dólares, más intereses —contestó Leonora—. Vence justamente el próximo jueves, a las doce del mediodía.

—Entre ella y yo reunimos escasamente doce mil dólares —dijo Nan desalentadamente.

—No se preocupen —sonrió Boles—. Arreglaré ese asunto satisfactoriamente.

Leonora se volvió hacia su nieta.

—Nan, todavía no has invitado a este muchacho a tomar un poco de café y tarta —dijo.

—¿Me acompaña, Percy? —invitó Nan.

—Espere un momento. Antes quiero hablar con Ron. En seguida vuelvo.

Edgar estaba a unos doscientos pasos de distancia, manejando un tractor. Boles echó a andar hacia su amigo.

—Es todo un hombre —dijo Leonora.

—Tú no le has visto cómo maneja los puños. Sería campeón mundial si se lo propusiera.

—El mundo del boxeo está lleno de porquería —contestó la anciana sentenciosamente—. Lo prefiero como es, joven, animoso y honesto.

—En eso estamos de acuerdo, abuela —rió Nan.

Edgar vio al joven que se acercaba y detuvo el tractor. Cortó el encendido y se apoyó en el volante.

—¿Percy?

—¿Qué tal, Ron? Esto es mejor que atender a borrachos en el bar, me parece.

—Ahora no me cambiaría por el hombre más rico del mundo —sonrió Edgar, feliz.

—Lo celebro. Ron, hay un tipo que tiene un rifle con mira telescópica y silenciador. Quiere quitarme de en medio. ¿Lo conoces?

Edgar meditó unos instantes. Luego meneó la cabeza.

—Desde luego, tipos así no abundan, pero yo no puedo darte detalles —respondió al cabo—. Oye, ¿por qué no se lo preguntas a Billy Clinger?

—No le conozco...

—Me debe un favor. Dile que vas de mi parte. Podrás encontrarlo en los billares de Mac *el Chino* a partir de las siete de la tarde.

—Gracias. Hablaré con Clinger. Pero ¿crees...?

Edgar soltó la risita.

—Lo que no sepa Billy, no está siquiera en los archivos de la policía —contestó.

—Muy bien, es una buena información.

—Aguarda, aún no he terminado. Oí decir a los policías que vinieron aquí, después del jaleo de la otra noche, que el compañero del muerto tenía que ser un tal Sonny Paddox. Billy te dará también detalles sobre ese fulano.

—*Okay*, Ron. Anda, sigue disfrutando de tu paraíso.

Edgar se echó a reír y accionó la llave de contacto. El tractor petardeó ruidosamente. Bole dio media vuelta y echó a andar hacia la casa.

* * *

Clinger se inclinó, dejó que la mirada resbalase por encima del taco y luego golpeó la bola. Cuando vio que otra bola había entrado por el agujero, se incorporó y empezó a dar tiza al taco.

—Doc Baker —dijo.

Boles estaba a su lado, vestido descuidadamente y con un cigarrillo humeante colgado de los labios.

—¿Doc Baker? —repitió, intrigado.

—Se dice de él que estudió medicina en su juventud. Otros, en cambio, aseguran que cura infaliblemente todas las enfermedades.

—¡Caramba, un hombre así tendría que ganar el dinero a carretadas!

—Si le pegan a usted un tiro en mitad de la frente, dejará de sentirse enfermo, ¿verdad?

—¡Oh! —murmuró Boles, comprendiendo el sentido de la respuesta de Clinger—. Sí, en medio de todo, es una forma de curar a un enfermo. Sin pasar por la farmacia, además.

—No se fíe de Baker. Bajo la manga izquierda lleva una pistola de una sola bala, un tubo pistola, para ser más exactos. En la pernera derecha lleva una de dos cañones. Puede darle un disgusto, a poco que se descuide.

—Ese hombre es un arsenal ambulante —respingó el joven.

—Una serpiente venenosa, a la que nadie ha conseguido aplastar hasta ahora —respondió Clinger—. Téngalo presente, abogado.

—No lo olvidaré, descuide. ¿Sabe dónde vive ese pájaro de cuenta?

Clinger se lo dijo. Antes de separarse del sujeto, Boles le hizo otra pregunta.

—Sí, conozco a Paddox. Es un matón de tres al cuarto, pese a que en todo momento trata de impresionar a la gente con sus fanfarronadas. Pero está hueco.

—¿Hueco?

—Usted le sacude un papirotazo en la nariz y Paddox cantará más que una *prima donna* en la ópera. Oficialmente, es el «protector» de la casa de Nita Heen, en la calle Once, pero a veces hace también otras cosas.

—Muy bien —dijo el joven—. Billy, gracias por todo.

Metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes, pero Clinger paró su gesto con el taco.

—Olvédelo —dijo—. Yo le debía un favor a Ron y me ha gustado muchísimo devolverlo.

Boles sonrió.

—Está bien, Billy.

Se quitó el cigarrillo de la boca, lo tiró al suelo y, tras aplastarlo con el tacón, se encaminó hacia la salida del salón de billar.

En la calle, respiró a pleno pulmón, satisfecho de abandonar aquel mefítico ambiente, en el que Clinger parecía moverse tan bien como un pez en el agua. Luego se preguntó si debería visitar aquella misma noche a Doc Barker, el hombre que curaba a tiros todas las enfermedades.

—De momento, lo mejor será matar el hambre —decidió al cabo—. Luego, ya veremos...

Y sin más, encaminó sus pasos hacia un restaurante en el que, según las malas lenguas, se cobraba hasta el aire que se respiraba. Antes de entrar, sin embargo, se puso una corbata y cambió la cazadora por una chaqueta de correcta apariencia. Era preciso estar a tono con el ambiente de un restaurante de tanto lujo.

CAPÍTULO VIII

Cuando cruzaba la acera vio que se paraba un taxi, del que descendió una mujer, elegantemente vestida. Boles, de modo maquinal, se detuvo para cederle el paso. Ella le miró y se sorprendió al verle allí.

—Señor Boles...

El joven se sobresaltó ligeramente.

—¿Cómo está, señora Hibbs? Una agradable coincidencia, ¿no le parece?

Tracy pareció dudar un momento, pero se rehízo casi en el acto.

—Sí, muy agradable —convino.

Entraron en el local. El *maitre* conocía a la abogada, porque acudió corriendo a recibirla.

—Señora Hibbs, es un placer... ¿La acompaña este caballero?

—No; solo, nos hemos encontrado en la puerta, Justin —respondió ella.

—Pero si la señora Hibbs me lo permite, yo la invitaría a cenar con mucho gusto —exclamó Boles.

—Gracias, ya tengo un compromiso. ¿Justin?

—Por aquí, señora, tenga la bondad —dijo el *maitre*—. Un momento, señor, en seguida le atenderé.

Boles fue conducido poco después a una mesa y encargó el menú. Tracy estaba casi en el extremo opuesto, aunque podía verla perfectamente. Sin embargo, simuló concentrarse en la cena, cosa no difícil por otra parte, porque tenía verdadero apetito. Sin embargo, se estremeció al pensar en la cuenta. «Tendré que salir de aquí, como en los chistes, vestido solamente con un tonel vacío», se dijo.

Poco después entró un hombre, que se dirigió rectamente hacia

la mesa ocupada por la abogada. Boles vio así que Sally no le había mentido.

Se preguntó quién podría ser aquel sujeto. Parecía hombre de próspera posición y, en apariencia correcto y educado, debía sin embargo de ser un tipo enérgico y acostumbrado a ser obedecido sin rechistar.

Esperó hasta la hora de abonar la cuenta. Cuando vino el camarero, enseñó un billete de diez dólares de más.

—El hombre que está con la abogada Hibbs —susurró—. Cuidado, no mire, no quiero que se den cuenta.

El camarero hizo un leve gesto de complicidad.

—Wilbur Mathieson, señor —contestó.

Boles se puso en pie.

—He cenado como nunca —dijo—. Dígaselo a Justin, para que se lo transmita al *chef*.

—Así lo haré, señor.

Boles salió del restaurante. El nombre de Mathieson le sonaba. Tendría que averiguar más datos de él y sabía quién podía facilitárselos. Iría a ver a su amigo al día siguiente, porque también quería pedirle otro favor.

Pero antes tenía que hacer una visita y no quería posponerla por más tiempo.

—Conviene batir el hierro en caliente —murmuró, mientras ponía el coche en movimiento.

* * *

Aunque ordinariamente respetuoso de la ley, Boles, en alguna ocasión, había cerrado los ojos a ciertas menudas infracciones, como por ejemplo entrar en casa ajena sin permiso del dueño. El corredor estaba desierto y, después de mirar a derecha e izquierda, tanteó el pomo de la puerta.

«Muy descuidado —comentó para sí, al ver que la puerta no estaba cerrada con llave—. O tal vez demasiado seguro de que no va a ser sorprendido».

Empujó un poco la puerta. La voz de un hombre, que le resultó conocida de inmediato, llegó a sus oídos.

—¿Está noche? Es un poco precipitado... Bien, quizá sea mejor

así y pueda pillarle desprevenido... Pero eso aumenta el precio en un cincuenta por ciento... ¡No me discuta! O paga o me quedo en casa... Ah, eso ya está mejor. Conforme, pues; esta misma noche. Le aseguro que ese tipo tan molesto no leerá el periódico mañana en el desayuno.

Boles asomó la cabeza. El dueño del apartamento estaba en pie, vuelto de espaldas a él. Sobre el diván vio un rifle de caza, con un cilindro en el extremo del cañón.

Baker colgó el teléfono y se metió en el interior del apartamento. Boles terminó de entrar, corrió hacia el diván y se apoderó del rifle, que dejó en el suelo, al otro lado. Acto seguido, se apostó junto a la puerta.

Del cuarto de baño le llegó el ruido de la cisterna que se vaciaba. Luego oyó la voz de Baker que tarareaba entre dientes una vieja melodía.

«El muy... —se indignó—. Piensa matarme esta noche y se siente tan contento...».

De pronto, obedeciendo a una inspiración, se inclinó y recobró el rifle. En silencio, movió el cerrojo y puso una bala en la recámara. Continuó esperando.

Baker salió momentos después, silbando alegremente. De súbito, se detuvo, como herido por el rayo.

Boles captó el estremecimiento de sus hombros al darse cuenta de la falta del rifle. Baker, sin embargo, era hombre experimentado, porque no cambió de postura ni siquiera volvió la cabeza.

El joven aguardó todavía unos momentos. Baker fue el primero en hablar.

—Está a mis espaldas —dijo.

—Sí —contestó Boles.

—¿Puedo conocer su nombre?

—Iba a usar el rifle esta noche. Ahora lo tengo en mi poder.

—Es un arma magnífica. Estoy muy contento de él: no me falla nunca.

Boles sintió unos terribles deseos de apretar el gatillo, pero logró contenerse. Sin embargo, levantó muy despacio el cañón del arma y lo situó a medio palmo de la cabeza del asesino.

—Baker...

—¿Quién le ha dicho mi nombre?

—Tengo buenos informadores.

—Y, además, es muy rápido.

—Baker, no se anda por ahí asesinando a la gente, sin que, tarde o temprano, se divulgue la noticia. Puede que los que le conocen callen, porque no tienen simpatías hacia la policía, pero eso se sabe y alguno acaba por hablar.

—Sí, ya lo veo. Oiga, ¿le importa que me vuelva? Me disgusta hablar con un visitante, sin mirarle cara a cara...

Boles actuó velozmente y puso el cañón en el cuello del sujeto.

—¡No se mueva! —rugió—. Si pestañea tan sólo, apretaré el gatillo.

—Tiene miedo, ¿eh? —rió Baker desdeñosamente.

El joven tardó unos segundos en contestar. Aquel hombre, de apariencia inofensiva, que habría podido pasar por un veterano oficinista, resignado a una vida mediocre y sin alicientes, era en realidad un sujeto terriblemente peligroso y desprovisto por completo de todo sentimiento de piedad.

—Baker, levante las manos y júntelas por encima de su cabeza —dijo al cabo.

El asesino obedeció.

—¿Está bien así?

Boles empujó un poco con el rifle.

—Y ahora, maldita sea, va a decirme quién le pagó para matarme —exclamó—. Doc, usted conoce su rifle mil veces más que yo y sabe que no hará ruido. Créame, apretaré el gatillo si antes de cinco segundos no me ha dado la respuesta que espero.

Baker se dio cuenta de que el joven no bromeaba. Boles vio en su mejilla un delgado reguero de sudor. Quizá, por primera vez en su vida, aquel sanguinario asesino conocía la auténtica sensación del miedo.

—Hankey Cramm, es todo lo que sé —contestó instantáneamente.

—¿No sabe dónde vive?

—No. Sólo nos vimos una vez, hace tiempo. Desde entonces él me llama siempre por teléfono.

—Y, claro, le envía el dinero por correo...

—Usted, ¿qué cree?

—Baker, ¿cuánto valgo yo?

—Cinco mil.

—Más el cincuenta por ciento, como prima por trabajo urgente y nocturno, ¿eh?

—Le corre prisa, es todo lo que sé.

—Muy bien, ya tengo bastante. Siga así, no se mueva.

Boles alargó la mano izquierda, hurgó en el interior de la manga del traje de Baker y encontró el tubo-pistola, del que tiró con suavidad, hasta sacarlo por completo.

—Está bien informado, en efecto —comentó el asesino inexpresivamente.

—Tiene todavía otra pistola en la pierna derecha, pero le costaría más tiempo sacarla. Ahora ya puede volverse, Baker.

El hombre obedeció. Boles le miró y vio en sus ojos una expresión que le hizo sentir miedo. Baker se había visto humillado y derrotado indecorosamente, y era algo que no perdonaría jamás. Un hombre de su experiencia podía perder la reputación si se sabía que había sido sorprendido y desarmado con toda facilidad. «En estos momentos pagaría por el placer de matarme», pensó.

Repentinamente, Baker lanzó un aullido, que cogió desprevenido al joven. Al mismo tiempo, Baker alargó las manos, agarró el cañón del rifle y dio un violento tirón hacia sí, confiando sin duda en recuperar el arma, debido a la sorpresa de su visitante.

Casi logró lo que se proponía. Las manos de Boles resbalaron a lo largo del arma, pero el índice presionó el gatillo.

Baker abrió los brazos violentamente y dio un enorme salto hacia atrás. Los pies se habían despegado un palmo del suelo. Al caer, se quedó inmóvil, con los brazos y las piernas en alto.

La bala se hundió en la pared opuesta, después de atravesar el cuerpo del asesino. La boca de Baker se abrió un par de veces, dijo algo ininteligible y luego dobló la cabeza un poco a su derecha. Los ojos quedaron muy abiertos, fijos en el techo.

Boles inspiró profundamente. Era una suerte, se dijo, que Baker hubiera sido aficionado a los silenciadores. El disparo no había hecho ruido apenas. Ningún vecino se habría dado cuenta de lo sucedido.

Al cabo de unos segundos, sacó un pañuelo y empezó a limpiar sus huellas. Seguramente no le pasaría nada si la policía le detuviese, pero el caso de Leonora Tiller podría sufrir un gravísimo

perjuicio.

Por otra parte, la policía encontraría aquella bala y la compararía con la que había matado a Conrad. Así sabrían que Baker era el autor de aquella muerte.

Se marchó tan discretamente como había venido. Hankey Cramm, quienquiera que fuese, se había ahorrado siete mil quinientos dólares.

* * *

El lujoso despacho indicaba a las claras que su ocupante rezumaba prosperidad por los cuatro costados. Ernest van Vliet se puso muy contento cuando vio entrar a un viejo compañero de estudios.

Durante unos momentos, Boles y Van Vliet rememoraron una época maravillosa de su juventud. Luego, Boles dijo:

—Ernie, dejemos esto. Los recuerdos sólo traen melancolía y lo que pasó ya no se puede repetir.

—Sí, tienes razón —convino Van Vliet con un suspiro—. Sólo se tienen veinte años una vez en la vida. Pero, dime, ¿qué te trae por aquí? Sabes que me habría gustado tenerte en la empresa como abogado, pero tú eres demasiado independiente... Y sin embargo, nos hiciste salir vencedores en el pleito contra la McKesson & Whiterock...

Por cierto, al consejo de administración le pareció que nos habías pasado una minuta muy módica...

—Cobré lo que me pareció adecuado al asunto —sonrió Boles—. Bueno, Ernie, te lo voy a soltar. No me preguntes para qué, porque no te lo diré por el momento. Tengo unos cinco mil dólares en bonos, acciones y una cuenta en el Banco y una casa que vale veinte mil y pico. Préstame veinticinco mil, con ésa garantía.

Van Vliet no vaciló.

—¿Sólo eso me vas a pedir? —dijo.

—Hombre, no te voy a pedir también la Luna.

Van Vliet sacó su talonario de cheques, extendió uno por la cifra mencionada y se lo entregó al joven.

—Tu palabra es la mejor garantía, Percy —aseguró.

—Gracias, buen amigo. Puedes tener la seguridad de que antes

de una semana te habré devuelto el préstamo.

Boles se puso en pie. De pronto, pareció recordar algo.

—Ernie, tu empresa tiene algo que ver, a veces, con compra de tierras —dijo.

—Sí, en ocasiones, aunque no es muy frecuente. ¿Por qué lo dices, Percy?

—¿Has oído hablar alguna vez de las tierras de Green Gulch?

—¡Green Gulch! —Se sobresaltó Van Vliet.

Boles captó en el acto lo que había de sorpresa en su amigo.

—¿Qué pasa con esos terrenos, Ernie?

Van Vliet se lo explicó. Boles movió la cabeza varias veces.

—Conque era eso —murmuró.

—Sí, en efecto, Percy —confirmó el otro.

Boles sonrió alegremente.

—Ernie, buen amigo, lo que acabas de decirme vale casi tanto como el dinero que me has prestado. Créeme, me has hecho un inmenso favor.

—El favor me lo harías tú si te avinieras a trabajar para nosotros —se lamentó Val Vliet.

—Cuando termine con el asunto de Green Gulch, vendré aquí y discutiremos ese tema —se despidió Boles.

CAPÍTULO IX

El domingo llegó a la granja, portador de dos enormes ramos de flores, destinados a las dos mujeres. Los ojos de Nan chispearon al recibir el suyo. Leonora miró al joven incrédulamente.

—¿Qué he hecho yo para merecer las atenciones de un hombre como usted, Percy?

—Es la abuela de Nan. ¿Le parece poco?

La muchacha se ruborizó. Leonora sonrió socarronamente.

—Sé por dónde van sus tiros, caballerete, pero no tiene necesidad de adularme a mí. Nan ya es lo suficientemente mayor para saber lo que se debe hacer en un caso semejante.

—¡Abuela! —protestó ella—. Entre Percy y yo no hay nada.

—Todavía.

Boles sonrió.

—Aún es prematuro. Pero me temo, señora Tiller, que no ha visto bien su ramo de flores.

Leonora frunció el ceño. Metió la mano en el interior del ramo y extrajo un rollo de papel, sujeto con una ancha cinta de color rosa, rematada en un gran lazo.

—¿Qué es esto, Percy?

—¿Por qué no lo lee usted misma, señora Tiller?

—Nan, hija, hazlo tú —suplicó la anciana—. Empiezo a sospechar lo que es y me siento demasiado débil...

Nan volvió los ojos hacia el joven. Boles asintió.

—Sí, he rescatado la hipoteca —confirmó.

—Pero... pero es mucho dinero...

—Ya me lo devolverán cuando cobren la herencia del bisabuelo Homer. Por el momento, éste es un asunto que ha dejado de preocuparles. Y, el miércoles, ante el tribunal, unos tipos, a los que

no conocemos todavía, se darán cuenta de que han tratado de usar un arma que dispara hacia atrás.

Nan se echó a reír.

—¡El tiro por la culata! —exclamó.

—Justamente.

—Bueno, bueno, basta de charlas —terció Leonora—. El pollo está a punto y si nos retrasamos un poco, se pasará y habrá que tirarlo a las gallinas.

—Yo creí que lo tiraría a los cerdos, señora Tiller.

—Los cerdos no celebrarían el funeral por un pollo —contestó Leonora, guiñándole un ojo.

Boles lanzó una alegre carcajada.

—Ese funeral queda para los humanos —aseguró—. Por cierto, ¿dónde está Ron?

—Es su día libre. Ha ido a la ciudad —explicó Nan.

La comida resultó excelente. Al terminar, Boles tuvo que aflojarse el cinturón un par de puntos.

—Ahora pueden salir los dos a la baranda y charlar un rato —propuso la anciana—. Yo me ocuparé del fregadero...

—Preferiría pasear un poco, si no tiene inconveniente, Nan —dijo Boles.

—Claro, Percy.

El tiempo era excelente y lucía un sol en el cielo sin apenas nubes. Charlando animadamente, caminaron unos cientos de metros, hasta llegar a las orillas del arroyo. Abundaba la hierba y las hojas de los álamos y los chopos susurraban al ser movidas por una ligera brisa.

—Un lugar maravilloso —suspiró él.

—Así puede comprender mejor a la abuela, Percy —dijo Nan.

—La comprendo perfectamente. Es más, estoy por completo de su lado, sobre todo, ahora que sé cuál es el verdadero valor del valle.

Ella le miró sorprendida.

—¿Qué es lo que hay aquí? —exclamó.

—Millones, cuando uno es desaprensivo. El paraíso, para los que no tienen excesivas ambiciones.

Boles explicó lo que había averiguado. Nan se sintió estupefacta.

—De modo que es eso... ¿Por qué no lo dijiste durante la

comida? —le tuteó inconscientemente.

—Sé lo que piensa tu abuela. Quería conocer antes tus reacciones, Nan.

—¿Por qué? Yo estoy plenamente de acuerdo con ella...

—Nan, seamos prácticos —dijo Boles—. Tú tienes poco más de veinte años y Leonora ha pasado hace mucho de los setenta. Está fuerte y sana, pero la edad impone sus limitaciones. Todo esto será tuyo el día en que muera. ¿Pensarás entonces de la misma manera?

—Sí, sin ningún género de duda —contestó ella apasionadamente—. Jamás venderé estas tierras, Percy. El padre del bisabuelo Homer llegó aquí a mediados del siglo pasado y se estableció en este valle, cuando todavía no había un ser viviente en quinientas millas a la redonda. Los Tiller nacieron, vivieron y murieron aquí, y no seré yo quien interrumpa la tradición.

Boles sonrió al observar el ardor que ponía la muchacha en sus palabras.

—Así seguirá, a pesar de todo —prometió.

Repentinamente, al otro lado del arroyo, sonó un agudo grito.

Boles y Nan, asombrados, volvieron la cabeza, justo a tiempo de ver a un hombre que caía desde la horquilla de un árbol a la corriente. El individuo emergió, braceando desesperadamente, pero la corriente era demasiado fuerte en aquel lugar y se lo llevó en pocos momentos.

Ninguno de los dos comprendía lo que había ocurrido. Bruscamente, vieron a Edgar al otro lado del arroyo.

El gigante movió una mano alegremente.

—Pueden seguir con su charla; ya no les molestará nadie —gritó.

Boles se acercó a la orilla.

—Ron, creí que estabas en la ciudad —exclamó.

—Vi esta mañana a un tipo que merodeaba cerca de la granja y simulé que me marchaba a disfrutar un poco a la ciudad. Paré el coche a una milla, volví atrás y me puse a esperar. El tipo no tenía armas a la vista; creo que sólo quería espiar lo que pasaba aquí.

—Se ahogará —dijo Nan temerosamente.

—No —contradijo Edgar—. La corriente pierde fuerza a media milla de aquí y podrá salir sin daños. Un remojón le sentará bien, no lo duden.

—Ron, supongo que no sabrás quién era el espía.

—Me pareció un tal Paddox, pero no estoy seguro...

Boles se sobresaltó.

—Es el compinche del tipo que murió en el intento de incendio de la granja —exclamó.

—Algunos no escarmientan jamás —contestó Edgar—. Debería haberle metido la cabeza bajo el agua durante media hora, para quitarle así el vicio de respirar.

—Querrá decir el de espiar —corrigió Nan.

—No, señorita. Para esos tipos, respirar es un vicio, porque estarían mejor en el cementerio. Bueno, con su permiso...

Edgar desapareció entre el follaje del otro lado. Boles apretó los labios.

—Voy a marcharme —dijo.

—¿Por qué? No tienes ninguna prisa, Percy.

—Nan, presiento que Paddox tratará de volver a la ciudad lo antes posible y yo quiero llegar antes que él, para hacerle una sola pregunta.

—¿Cuál, por favor?

—El nombre del tipo que le paga por espiarnos.

* * *

Boles no necesitó llegar a la ciudad para hablar con Paddox. Había visto el coche del sujeto escondido a un lado del camino y detuvo el suyo un poco más adelante. Luego volvió sobre sus pasos y aguardó durante un cuarto de hora aproximadamente.

Paddox llegó unos minutos después, completamente empapado de agua y con aire de sentirse desmoralizado por el inesperado baño que había tomado contra su voluntad. Boles estaba escondido tras el automóvil y se hizo visible en el momento preciso en que Paddox se disponía a abrir la portezuela.

El joven no se entretuvo en demasiados trámites. Sus puños se movieron velozmente y Paddox se encontró tendido en el suelo, antes de darse cuenta de lo que había sucedido.

Sin embargo, no había perdido el conocimiento, aunque sí tenía las facultades muy disminuidas. Boles se inclinó sobre él, lo levantó a viva fuerza y luego sacudió su cuerpo hasta que los dientes le

castañearon con violencia.

—Sonny, hace unas noches, quisiste pegar fuego a la granja. Tu compinche está en el infierno. Yo tengo una pistola en el bolsillo —mintió—. La sacaré, si no me das la respuesta que necesito. ¿Has comprendido?

Había pánico en los ojos de Paddox.

—Sí, sí... Lo diré todo... Fue Cramm el que me envió aquí...

—¿Hankey Cramm?

—Sí, señor...

—¿Os ordenó también pegar fuego a la granja?

—Sí.

—Pero Cramm, me parece, debe actuar para otra persona. ¿Sabes quién pueda ser?

Paddox hizo un gesto negativo. Boles comprendió que el sujeto era sincero.

A fin de cuentas, era sólo un hampón de poca categoría. Cramm no podía confiar demasiado en él, para contarle sus secretos.

Soltó al individuo, lo registró rápidamente y le quitó una pistola y una llave de contacto. Sonriendo, dijo:

—Si sabes hacer un puente, podrás volver en coche a la ciudad. De lo contrario, tendrás que caminar quince kilómetros.

Paddox, abrumado, no dijo nada. Silbando alegremente, Boles regresó a su coche, lo puso en marcha y arrancó rápidamente. Mil metros más adelante, arrojó la pistola y la llave del otro coche a unos arbustos que crecían al lado del camino.

* * *

Se disponía a salir, al atardecer del día siguiente, cuando oyó que llamaban a la puerta. Su asombro fue enorme al ver a Tracy Hibbs en el umbral.

—¿Puedo pasar? —sonrió la abogada.

Boles la miró un instante. Tracy vestía exquisitamente de negro, con un collar de perlas en torno a su garganta, parcialmente cubierta por el tejido de su traje. En el desnudo brazo izquierdo llevaba una estola de zorro plateado y con la mano del mismo lado sostenía un bolso de pequeñas dimensiones.

El vestido era muy corto y permitía ver unas piernas perfectas.

Los zapatos eran de tacón de diez centímetros, pero ella mantenía el equilibrio sin la menor dificultad. El vestido, sumamente ajustado, en especial la mitad inferior, permitía apreciar la redondez de sus senos, que se marcaban con mórbidos contornos.

Tracy sonrió.

—Parece que no está acostumbrado a recibir mujeres, colega —dijo, en vista del silencio de Boles.

El joven carraspeó.

—Tiene usted toda la razón, señora Hibbs —contestó Nunca—. Nunca había traspasado el umbral de mi casa una mujer tan hermosa. Por favor...

Tracy entró, dejando a su paso una estela de penetrante perfume. Boles vio entonces que la espalda quedaba al aire, por el escote que llegaba hasta la cintura.

—Sin duda iba a una fiesta —dijo.

—En efecto, pero me adelanté, para hablar con usted. Si no tiene inconveniente, claro.

—Estoy a su disposición, señora Hibbs. Siéntese y... ¿quiere tomar algo?

—No, gracias. Fumaré un cigarrillo solamente.

Tracy se sentó y cruzó las piernas espectacularmente. Boles adivinó muy pronto los propósitos de su hermosa visitante.

—¿Y bien? ¿En qué puedo servirla, señora Hibbs?

—He venido a discutir con usted el asunto Green Gulch. Represento a un poderoso grupo, que tiene interés en esas tierras. Es un proyecto de muchos millones y la negativa de la dueña a vender nos está perjudicando como no se puede imaginar.

—Me lo imagino, aunque no lo crea —sonrió Boles—. Pero ¿qué puedo hacer yo para complacerla?

—Le seré franca, colega. Repito que es asunto de muchos millones. ¿Por qué no se toma unas vacaciones de... digamos un mes?

—No estoy cansado...

—Para gastos de esas vacaciones, podríamos ofrecer hasta cien mil dólares.

Hubo un momento de silencio. Boles había encendido también un cigarrillo y aspiró el humo lentamente.

—Señora Hibbs, yo no voy a censurar su conducta profesional —

dijo al cabo—. Cada uno actúa como mejor le parece y usted, a fin de cuentas, defiende a sus clientes. Si su comportamiento es ético o no, es cosa que sólo a usted le incumbe. Pero no cuente conmigo para una acción vergonzosa. Yo no le pido que traicione a un cliente. No me pida usted algo semejante.

Los ojos de Tracy chispearon de cólera.

—La cifra sube a ciento cincuenta mil. Y yo... cuando quiera.

—Es inútil, señora.

Tracy aplastó el cigarrillo contra el cenicero y se puso en pie violentamente.

—Al parecer, prefiere usted la guerra —exclamó.

—Estoy en guerra desde que me confiaron el asunto Green Gulch —contestó él sin inmutarse.

—La señora Tiller no podrá probar sus derechos a esas tierras —aseguró ella.

—Acuda al tribunal de homologación de testamentos el próximo miércoles a las diez de la mañana y sabrá si la señora Tiller es o no la dueña de esos terrenos.

—Colega, me imagino cuál es el truco que se va a sacar para conseguir del tribunal una sentencia favorable, pero usted ignora todavía cuál es la carta que guardo en la manga. Será interesante ver lo que dice el juez, cuando yo haya terminado de exponer mis argumentos en contra.

—Tal vez haya destruido el testamento de Homer Tiller, no registrado siquiera.

—No sé nada de ese testamento... oficialmente, se entiende. Pero ya lo sabrá cuando acuda al tribunal. Resultará una audiencia verdaderamente emocionante.

Tracy se encaminó hacia la puerta. Boles la llamó:

—¡Señora Hibbs!

Ella se volvió, sonriendo desafiadora.

—¿Colega?

—¿Qué sabía usted acerca de un hombre llamado Browne, al que empujó a autodestruirse por la bebida?

En el rostro de Tracy apareció una mueca de infinita perversidad.

—Eso no es cosa que le interese a usted —contestó secamente.

—A usted, sí. Quizá un día puedan acusarla de complicidad en el

asesinato de Browne.

Tracy no dijo nada. Su respuesta fue un portazo que hizo retemblar las paredes.

CAPÍTULO X

Salió de su casa, sumamente preocupado. Tracy guardaba un as oculto en la manga y no se le ocurría ni remotamente cuál era el truco que emplearía para rebatir sus argumentos antes el tribunal.

Ya era suficiente complicación la ausencia del testamento. El juez, no lo dudaba, aceptaría sus argumentos... a menos que Tracy presentase otros que rebatiesen los suyos de forma irrefutable.

Tenía que averiguar a toda costa cuál era el truco. Alguien más lo sabía y, sin duda, era Hankey Crumm, el hombre que se encargaba de contratar asesinos y matones.

Esperó en las inmediaciones de la casa de Crumm hasta cerca de las once de la noche. Al fin, lo vio llegar en su coche, apearse y cruzar la acera.

Crumm era un sujeto de mediana estatura, fornido y de rostro inteligente. Sin embargo, no se dio cuenta de nada hasta que, tras haber abierto la puerta, alguien le retorció el brazo derecho a la espalda.

—Adentro —ordenó Boles—. Y no grite, o le haré astillas los huesos de este brazo.

Crumm no intentó resistirse. Estaba sorprendido, pero supo en el acto que su posición era desventajosa.

—¿Boles? —dijo.

—Ha hecho diana, amigo —rió el joven.

—No podía ser otro. En los últimos tiempos, ha demostrado ser usted un enemigo digno de consideración.

—Gracias por el elogio. Usted no es tampoco manco.

—Lo seré, si no afloja...

—Ni lo sueñe. Crumm, usted es el hombre de paja de... ¿quién?

Crumm apretó los labios. Boles aumentó la presión.

—Si cree que no voy a romperle el brazo, guarde silencio —amenazó.

Gotas de sudor aparecieron en la frente de Crumm. Boles hizo más fuerza.

Crumm lanzó un aullido.

—¡Basta, por el amor de Dios!

—¡Amor de Dios! —repitió Boles coléricamente—. ¿Invocaba también su nombre cuando ordenaba a Baker matar a la gente? ¡Vamos, conteste de una vez; no pienso esperar un segundo más!

—Mathieson... —jadeó el sujeto.

Boles tomó impulso y lanzó a Crumm contra la pared. El sujeto rebotó y volvió a los brazos de Boles, quien de nuevo retorció el del sujeto.

—¿Qué relación hay entre Mathieson y Tracy Hibbs?

—Son... socios... —jadeó Crumm.

—¿Nada más?

—Bueno, figúrese el resto...

—¿Está casada ella?

—El marido desapareció... hace tiempo. Nadie sabe dónde está...

—¿Ha muerto?

Crumm guardó silencio. Boles apretó una vez más.

—¡Hable!

—Hibbs murió; es todo lo que sé.

—Pero nunca fue enterrado públicamente. ¿Dónde está su cadáver?

Crumm ya no podía soportar más el dolor.

—En... la trasera del jardín de la casa... de Mathieson...

—Es suficiente —dijo el joven—. Crumm, si sabe lo que le conviene, cerrará la boca, porque ellos no tendrían piedad de usted. Le harían algo más que retorcerle el brazo, créame.

Soltó al individuo y éste se volvió, mascullando interjecciones. Boles le hizo callar de un seco derechazo al mentón, que lo derribó instantáneamente sin conocimiento.

Cuando salió de la casa, se fue directamente al bar de Mac *el Chino*. Billy Clinger estaba allí, con su sempiterno taco en las manos.

—Hola, Billy —saludó—. Usted ya devolvió el favor que le debía a Ron, pero ahora necesito que me haga uno a mí, personalmente.

Le pagaré bien y lo mismo digo del hombre que me va a recomendar.

Clinger no se inmutó.

—Puedo recomendarle cualquier clase de especialista, excepto en asesinatos. Soy enemigo del derramamiento de sangre —contestó.

Boles rió, satisfecho.

—Le aseguro que no se derramará una sola gota de sangre —dijo.

* * *

El hombre recomendado por Clinger empezó su tarea a las doce y media de la noche y terminó tres horas más tarde. Antes del amanecer. Boles ya tenía en su poder un par de carretes de fotografía, que llevó a revelar apenas se abrió una tienda de un conocido suyo.

A las once de la mañana estaba en posesión de una serie de secretos que le dejaron estupefacto. Por su profesión, estaba acostumbrado a ver muchas cosas, pero aquella podredumbre le hizo ver que aún no conocía el mundo lo suficientemente bien como para no sentir extrañeza por nada ni por nadie.

—Si el contenido de esa caja fuerte se hiciera público, explotaría media ciudad —murmuró.

De pronto, llamaron a la puerta.

Era Nan. La muchacha le miró sonriendo.

—He venido a la ciudad a hacer unas compras. ¿Qué noticias hay?

—¿Noticias? Tirarían de espaldas a un elefante, si tuviese la suficiente inteligencia para comprender lo que ocurre.

—En tal caso, yo soy la elefanta, porque no entiendo nada...

Boles la agarró por un brazo.

—Entra y lo sabrás todo —dijo—. Te aseguro que mañana nos vamos a divertir mucho en la audiencia.

—No creo que sea un asunto que haga reír a la gente...

—Nosotros sí reiremos al final, aunque piensen lo contrario —afirmó Boles—. ¿Tomamos un poco de café?

—Bueno, pero empieza ya a hablar, hombre. No me tengas sobre

ascuas —protestó la muchacha.

—Mathieson es el que quiere hacer el negocio —dijo Boles, mientras arrimaba la cafetera al fuego—. Es un personaje de relieve en la ciudad, con gran atractivo personal, y numerosas relaciones en las capas altas, especialmente entre los políticos. A él se debe la idea de comprar Green Gulch y, créeme, si lo hubieran conseguido, el beneficio líquido, al final de la operación, no habría bajado de cinco millones, limpios de polvo y paja.

—Me dejas sin respiración. ¿Tanto vale el valle?

—Nan, la cifra mencionada es un cálculo a la baja; pudiera ser que la cifra definitiva fuese de siete u ocho millones. Pero tal como ellos tienen organizado el asunto, los cinco millones están garantizados. Aunque, desde luego, no los obtendrán en un abrir y cerrar de ojos, pero sí en un par de años.

—Increíble —dijo ella—. Sin embargo, sospecho que ese beneficio se conseguiría a costa de la destrucción del valle.

—Puedes tenerlo por seguro... Eh, se te ha soltado el pelo —exclamó él de repente.

Nan sonrió, a la vez que llevaba las dos manos a la cabeza, para asegurarse el peinado mediante un largo agujón, con cabeza hecha de una perla. De pronto, se quitó la aguja y sacudió la melena.

—Es una incomodidad y así está mucho mejor —dijo, mientras se prendía la aguja en el escote—. Continúa, Percy.

—Disculpen, amigos, pero mucho temo que van a tener que continuar la charla en otro sitio —sonó de repente una voz extraña.

Nan volvió la cabeza y lanzó una exclamación de sorpresa al ver a dos hombres en el umbral de la cocina y ambos armados con sendas pistolas. Boles, por su parte, sintió que los pelos se le ponían de punta.

Aunque sólo los había visto en una ocasión, los reconoció de inmediato. Eran los mismos que habían asesinado a Hyleck, y con aquella pareja de matones, se dijo, sus trucos resultarían inofensivos por completo.

* * *

Les habían pillado por sorpresa, reconoció amargamente. Los pistoleros habían entrado en silencio y no se habían dado cuenta de

su presencia hasta que habló uno de ellos. Pero, rehaciéndose, sacó el pecho y avanzó hacia los intrusos.

—¿Puedo saber qué es lo que quieren? —preguntó.

—No hay inconveniente. Usted y la chica van a venir con nosotros.

—¿Adónde?

—Ya lo sabrán, no se preocupen —fue la respuesta del pistolero—. Escuchen con atención. Vamos a salir de aquí, con aspecto normal. No hagan nada extraño, no griten, no llamen la atención, o vaciaremos los cargadores sobre sus cuerpos. ¿Lo han entendido?

Boles asintió. Agarró el brazo de la muchacha y la empujó hacia la salida.

—Será mejor que hagamos lo que nos dicen, Nan.

—Me gusta su comportamiento, abogado —dijo el pistolero.

Había un coche grande, negro, parado junto a la acera. Uno de los asesinos se sentó tras el volante. El otro quedó a la derecha de Nan, situada en el centro. La pistola se apoyó sobre el muslo derecho de la joven.

—Compórtate bien —insistió.

El coche arrancó. Durante un buen rato, ninguno de los cuatro despegó los labios. Boles, sin embargo, cuando vio que salían de la ciudad, decidió hacer una pregunta al hombre que iba con ellos.

—Si van a matarnos, ¿por qué no lo han hecho en mi casa, como hicieron con Hylbeck?

—Ustedes son un caso distinto. A Hylbeck no le echará nadie de menos. La cosa se pondría fea para nosotros si hubiesen sonado tiros en su casa.

—Lo cual quiere decir que los tiros van a sonar donde nadie los oiga.

—Exactamente.

El coche rodaba ahora a buena velocidad. Boles empezó a devanarse los sesos, buscando la forma de salir de aquel atolladero. Los pistoleros eran hombres experimentados, robustos, y no se dejarían sorprender fácilmente. Incluso sin armas y a pesar de su habilidad como pugilista, no habría podido derrotarles, caso de emprender una lucha con las manos desnudas.

El pistolero se relajó un poco, al comprobar la docilidad de los prisioneros. Su mano derecha retrocedió ligeramente y se apoyó

ahora en la propia pierna izquierda. Boles no dejó de observar el detalle.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, el conductor se desvió hacia su derecha y el automóvil se adentró por un camino sin asfaltar, que se retorció entre unos árboles mustios y casi desprovistos de hojas. Era un paisaje diferente del de Green Gulch, pero también abundaban los matorrales y, sobre todo, la ausencia de edificios era total. Boles adivinó que el final estaba solo a unos pocos minutos.

Volvió los ojos hacia la muchacha. En el rostro de Nan había una expresión de angustia que no podía ocultar. Boles levantó la mano derecha y se frotó la solapa. Con el índice izquierdo, sin alzar la mano, señaló algo que ella llevaba prendido en el pecho.

Nan bajó la vista un instante. Luego volvió a mirar al joven y le hizo un rápido pestañeo de asentimiento. A Boles le dolía mucho dejarle a ella la iniciativa, pero era la única solución que tenían para salir de aquel apuro.

Con aire natural, Nan se llevó la mano unos momentos a la cara y se frotó la mejilla. Luego la hizo resbalar y la dejó apoyada en el pecho. Lentamente, fue cerrando los dedos sobre la aguja de cabeza de perla.

Durante un instante, volvió la vista a su derecha. El pistolero continuaba en la misma posición, con la mano apoyada en la rodilla izquierda y el arma algo desviada hacia adelante. Pero era evidente que podía encañonar a los prisioneros al menor gesto sospechoso.

Muy despacio, Nan sacó la aguja y la sujetó con dedos firmes. Súbitamente, alzó un poco la mano y golpeó hacia abajo con todas sus fuerzas.

Se oyó un espantoso alarido. El pistolero se retorció convulsivamente. Boles se dio cuenta de que tenía la mano clavada a su propia pierna. Los dedos habían aflojado la presión sobre el arma y, estirando el brazo, se apoderó de ella, antes de que el conductor tuviese tiempo de saber lo que sucedía.

Nan empujó aún más la aguja, que llegó hasta su final, y mantuvo fieramente la presión. El pistolero se debatía frenéticamente, a la vez que gritaba de forma horrible. Boles no le hizo caso; adelantó un poco el torso, agarró al otro por el cuello y le puso la pistola junto a la oreja.

—¡Para, para ahora mismo o te salto la tapa de los sesos!
El coche frenó violentamente. Nan lanzó un grito de angustia.
—¡Percy, date prisa! ¡No puedo contenerle por más tiempo!

CAPÍTULO XI

La situación continuaba siendo crítica. El coche no se había parado aún, Boles decidió correr riesgos y golpeó despiadadamente el cráneo del conductor, quien se derrumbó sobre el volante. A su derecha, Nan forcejeaba valerosamente con el otro sujeto.

El coche se paró de pronto con una brusca sacudida. El pistolero herido salió despedido hacia adelante. Nan se echó hacia su izquierda. Boles se levantó todo lo que pudo y volvió a golpear otro cráneo con la pistola.

El hombre se derrumbó, aunque no del todo inconsciente. Boles abrió la portezuela y saltó al suelo.

—Ven, Nan...

Ella le siguió de inmediato. Boles le entregó la pistola.

—Vigila al conductor. Si se mueve, dispárale.

—Descuida, Percy.

Nan quedó a dos pasos del coche, empuñando la pistola con ambas manos. Boles dio la vuelta, abrió la portezuela y tiró del pistolero, arrastrándolo fuera por los sobacos. La aguja estaba todavía atravesada en la mano del sujeto, aunque se había desclavado de la rodilla.

El hombre murmuraba y gemía, pero Boles se dio cuenta de que estaba fuera de combate. Rodeó el coche de nuevo y sacó fuera al conductor, que sangraba profusamente por una brecha abierta sobre la oreja. Después de dejarlo en el suelo, le quitó otra pistola de enormes dimensiones.

Entonces respiró. Miró a la muchacha y sonrió.

—Nos hemos salvado de una buena —dijo.

—Me veía ya con un arpa en las manos y alas en la espalda —contestó ella.

—Era lo que querían para nosotros, desde luego.

De pronto, vio algo que llamó su atención. Se acercó al pistolero que había viajado con ellos, en el asiento posterior, y, de un seco tirón, le arrancó la aguja que aún tenía clavada en la mano.

El hombre se estremeció y se quejó. Boles sacó un pañuelo y limpió la sangre. Luego devolvió la aguja a su dueña.

—Nos ha salvado la vida —dijo.

—Tuviste una buena idea —admitió ella—. Bien, ¿qué vamos a hacer con este par de gagnápiros?

—Dejarlos aquí, naturalmente. No los vamos a llevar con nosotros.

—Sí, tienes razón.

Boles empujó a la muchacha y la hizo entrar en el coche. Se sentó tras el volante, accionó la llave de contacto y maniobró para invertir la marcha del vehículo.

El pistolero herido por la aguja se levantó de pronto, pero la pierna le falló y volvió a caer. Boles manejó la palanca de cambios y lanzó el coche hacia adelante. El pistolero, aterrado, chilló, pero Boles detuvo el coche a un palmo de su cuerpo.

—¡Debería pasarte por encima, bastardo! —gritó.

Luego hizo girar el volante, pisó el acelerador, dio la vuelta en redondo y se lanzó a toda velocidad en busca del camino de regreso. Nan, de forma inesperada, se llevó las manos a la cara.

Boles observó que el cuerpo de la muchacha estaba sacudido por violentos estremecimientos. Comprensivo, guardó silencio, sin pronunciar una sola palabra; lo que le sucedía a Nan era la reacción lógica de unos nervios sometidos durante largo rato a una tensión realmente insoportable.

Al cabo de un momento, ella sacó un pañuelo y se secó los ojos.

—Dispénsame, no he podido contenerme...

Boles le dio una palmadita en la rodilla.

—Necesitabas desahogarte —dijo—. Ahora te sientes mucho mejor, ¿no es cierto?

—Sí, Percy.

—Eso es lo que importa ahora. —Boles miró su reloj—. Son un poco más de la una y media. Vamos a buscar un sitio donde comer; aún tenemos trabajo por delante, a fin de presentarnos ante el tribunal en las debidas condiciones.

* * *

Aquella misma noche, Boles hizo una llamada telefónica. Una voz de mujer le contestó a los pocos momentos.

—¿Quién es?

—Su colega, señora Hibbs.

—¡Boles! —exclamó Tracy.

—Me creía muerto, ¿verdad? —rió el joven—. Lo siento; como los gatos, tengo siete vidas...

—Maldita sea, Boles. ¿Por qué no se aviene a razones? Podría ganar mucho dinero si se pusiera de nuestro lado.

—Ni lo sueñe, colega. Por nada del mundo me pondría al lado de una persona que ha sido capaz de contratar a unos asesinos, para eliminar a un competidor, al que no podían derrotar de otra forma.

—Señor Boles, le recuerdo que tengo un «as» en la manga. Lo sacaré a relucir en el tribunal —dijo ella rabiosamente.

—No debe de tener mucha confianza en esa carta, cuando trató de quitarnos de en medio, ¿verdad?

—No fue idea mía, se lo aseguro. Yo prefiero luchar ante los tribunales...

—¿Espera que me crea esa fábula? Bien, colega, ya está advertida. Lo mejor que puede hacer es no acudir al tribunal; así se evitará el mayor disgusto de su vida.

—Allí nos veremos, colega —respondió ella, desafiante.

«Si, nos veremos», murmuró para sí el joven, cuando hubo devuelto el teléfono a su sitio. Y luego, muy complacido, se sirvió una buena dosis de *whisky*, encendió un cigarrillo, puso los pies encima de la mesa y empezó a repasar mentalmente todo cuanto tenía que decir ante el tribunal, a fin de evitar un fracaso de última hora.

* * *

Tracy Hibbs entró en la sala de audiencias y se quedó estupefacta al verla ocupada por un sinnúmero de gentes de muy variado aspecto y de edad madura la mayoría de ellas. Las ropas eran modestas, aunque limpias, y abundaban los rostros curtidos por una vida pasada prácticamente al aire libre.

Durante un segundo, Tracy se sintió desconcertada, pero, reaccionando, avanzó hacia su sitio. Mathieson la siguió, elegante y seguro de sí mismo, como de costumbre. Boles, Leonora y Nan estaban ya en el estrado correspondiente.

A los pocos segundos, se abrió una puerta lateral y entró el juez. Un ujier emitió con voz potente la proclama habitual:

—¡Se abre la sesión! ¡Preside el honorable juez Timothy Fergolt!
¡Demanda de Leonora Tiller para que se la reconozca como heredera legítima del difunto Homer Tiller!

El juez ocupó su estrado. El público se sentó.

—¿Quién representa a la demandante? —preguntó Fergolt.

—Yo, Señoría —contestó Boles, poniéndose en pie.

Dio su nombre y declaró ser abogado y estar en pleno derecho y ejercicio de la profesión, sin trabas legales.

—Muy bien —dijo el juez—. Adelante, exponga el caso.

—Señoría, como representante legal de Leonora Tiller, aquí presente, solicito, y en vista de la documentación presentada previamente ante ese tribunal, que se la declare heredera universal de cuantos bienes hubiera podido dejar su padre, Homer Tiller, en el momento de su fallecimiento.

—Gracias, abogado. ¿Hay alguien que se oponga a esa demanda?

Tracy se levantó vivamente.

—Yo, Señoría, Tracy Hibbs y también abogado legalmente acreditado.

—¿Representa la abogada a alguna persona física o jurídica?

—A mí, Señoría... —dijo Mathieson.

—Siéntese. La respuesta debe provenir de la abogada que está dispuesta a objetar la demanda.

—Represento al señor Wilbur Mathieson, Señoría —manifestó Tracy.

—Muy bien, señora Hibbs. Exponga sus objeciones.

—La demanda de mi colega es improcedente, Señoría —declaró Tracy firmemente.

—¿Puede exponer sus argumentos en favor de esa tesis, señora Hibbs? —inquirió Fergolt.

—En efecto, Señoría. La demandante, Leonora Tiller, no es hija de Homer Tiller. Por lo tanto, carece de derecho alguno a ser

acreditada como heredera universal del mencionado y ya difunto.

* * *

Hubo en la sala un momento de estupor. Incluso Nan se quedó atónita.

Luego estalló un fuerte griterío. La mayoría de los espectadores abucheaban a Tracy. Ella, sin embargo, sonreía satisfecha, sin hacer caso de los insultos que le dirigían los vecinos de Leonora, granjeros y agricultores en su inmensa mayoría.

—Es la hija de Homer...

—La conocemos de toda la vida...

—Homer nunca negó que Leonora fuese su hija...

El juez tardó bastante en imponer el orden. Luego, muy enojado, alzó el mazo amenazadoramente.

—Otro escándalo semejante y haré desalojar la sala —exclamó, furioso.

Tracy sonreía burlonamente.

—Colega, se ha traído a una bonita colección de testigos, para acreditar la personalidad de Leonora, pero eso no le servirá en este tribunal —dijo.

—De modo que ésa era la carta que guardaba en la manga —contestó el joven—. Aguarde, todavía no he enseñado yo mis naipes.

El mazo del juez resonó con fuerza.

—Los abogados dejarán a un lado sus problemas personales o me veré obligado a amonestarles públicamente —dijo—. Señora Hibbs, ¿puede demostrar su afirmación?

—Sí, Señoría. La señora Tiller no aparece inscrita en el registro de nacimientos. Por tanto, resulta obvio que no se la puede considerar como heredera del difunto Homer Tiller.

Los ojos de Fergolt se volvieron hacia el joven.

—¿Señor Boles?

—Señoría —dijo el aludido, a la vez que se ponía en pie—, había traído conmigo a todas estas buenas gentes que están en la sala, para demostrar ante ese tribunal la veracidad de mis alegaciones. Todos ellos conocen a mi representada desde hace muchísimos años y, para ellos, Leonora es hija de Homer, sin duda

alguna.

»Pero ante la falta de documentación probatoria, ciertas manifestaciones podrían no ser tenidas en cuenta por ese tribunal, a pesar de que, extraoficialmente, afirmo que existió un testamento y que fue robado del lugar donde se guardaba y antes de que se obtuvieran las copias necesarias y fuese inscrito en el registro correspondiente.

»Según parece, el difunto Homer Tiller fue siempre un hombre un tanto descuidado y por lo visto, omitió registrar el nacimiento de su hija Leonora, suceso acaecido hace setenta y ocho años. Esa omisión ha carecido de importancia, hasta el momento presente y ya no se está a tiempo de resultar efectiva ante este tribunal.

»Por tanto —prosiguió Boles sin alterarse lo más mínimo—, admitiremos que Leonora no es hija de Homer.

Nan se quedó con la boca abierta.

—Abuela, se ha vuelto loco —cuchicheó al oído de la anciana.

Leonora le dio una patada en el tobillo.

—Cállate y déjalo. El chico sabe lo que se hace —contestó.

—En tal caso —dijo el juez—, si la demandante reconoce no ser hija de Homer Tiller, no me quedaría otro remedio que rechazar la demanda.

—Esta demanda, referida a Leonora, sí, Señoría. Pero es que Leonora no es la única persona viviente que lleva el apellido Tiller.

»Hace cincuenta y tres años, Leonora casó con Benjamín Tiller, hombre del mismo apellido, debido a pertenecer a una rama lejana de los Tiller, de la cual era único superviviente en aquellos momentos. Benjamín y Leonora tuvieron un hijo, John Paul, quien casó hace veintitrés años con Susan Grafford y de cuyo matrimonio nació una hija, Nancy Helen Tiller.

»Si Leonora, oficialmente claro, no es hija de Homer, resulta que el único heredero posible es su marido, ya difunto, Benjamín, y los descendientes de éste, son, a su vez, sus herederos. Incidentalmente, diré que todos estos matrimonios y nacimientos están debida y legalmente registrados. Por tanto, solicito que su Señoría declare a Nancy Helen Tiller heredera universal de todos los bienes del difunto Homer Tiller.

Nan se quedó con la boca abierta. El hermoso rostro de Tracy se deformó por la rabia.

Mathieson se había puesto lívido. Boles, en pie, aguardaba la decisión del juez.

Fergolt parecía reflexionar. Al fin, hizo un gesto de aquiescencia.

—La demanda es perfectamente lógica si, como parece, está apoyada por pruebas documentales —dijo—. Señora Hibbs, ¿tiene algo que alegar en contra?

En la cara de Tracy, los colores iban y venían con rapidez. Movi6 la cabeza y apenas si pudo articular un par de palabras.

—No, Señoría... Nada que alegar en contra.

Mathieson se levant6 y sali6 disparado. Fergolt fue a decir algo, pero le sorprendi6 una explosi6n de gritos y aclamaciones.

El juez puso el mazo vertical y apoy6 en 6l las dos manos. Tracy recogió el portafolios que llevaba y se march6 sin volver la vista atr6s una sola vez.

El tumulto se calm6 al fin. Fergolt dio un par de golpes con el mazo y dijo:

—Se acepta la demanda planteada por el abogado Boles.

—Gracias, Señoría.

—Venga mañana a buscar los documentos de la sentencia, abogado.

—SÍ, Señoría.

El juez se march6. Boles se volvi6 hacia la anciana.

—Señora, tendr6 que dispensarme, pero era la 6nica forma de impedir que el valle se le fuese de las manos.

—Mi padre fue siempre un poco descuidado. Por eso discutíamos muchas veces —dijo Leonora—. Y por la misma causa, yo me negué a aceptar un céntimo, cuando me vi en apuros por la maldita hipoteca.

Boles se volvi6 hacia la muchacha.

—Espero que no te haya molestado mi soluci6n —dijo.

Nan hizo un gesto negativo.

—No, en absoluto. Pero en cuanto tenga los documentos, redactar6s un contrato de venta del valle, a favor de la abuela, por el precio de un d6lar.

—No habr6 tal contrato —refunfu6n6 Leonora—. Legalmente, yo no existo.

Nan se ech6 a reír.

—Entonces, ¿de d6nde vengo yo? ¿He nacido por generaci6n

espontánea?

—Corregiremos el descuido de Homer y se hará la inscripción correspondiente en el registro de nacimientos —aseguró Boles—. Sé cómo debe hacerse y eso ahorrará muchos problemas en lo sucesivo.

—Cuando se haya terminado el trámite, yo venderé el valle a la abuela por un dólar —insistió Nan.

Boles se frotó la mandíbula.

—Eso tardará algún tiempo —murmuró—. Y, mientras tanto, lo mejor será que desaparezcas, Nan.

—¿Por qué? —se extrañó la muchacha.

—Si ahora te ocurriese algo, el valle quedaría sin dueño legal —contestó Boles significativamente.

CAPÍTULO XII

—Aquí estarás segura —dijo Boles aquella misma tarde.

Nan paseó la vista por el interior de la estancia en que se hallaba.

—¿Tú crees?

—Estoy convencido —respondió él—. Ahora eres la dueña de Green Gulch, pero la abuela, todavía, no puede acreditar su personalidad legalmente.

—Sí, tienes razón —admitió Nan—, Percy, ¿cómo has sabido tantas cosas?

—He tenido que investigar mucho, pero el esfuerzo ha merecido la pena. Eso supongo...

—Sí, ha valido la pena. Oye, todavía no me has dicho a quién pertenece este palacio.

Boles se echó a reír. Realmente, la casa era muy lujosa, además de confortable, y se hallaba situada en un lugar privilegiado, con vistas a un panorama maravilloso.

—Pertenece a un buen amigo y antiguo compañero de estudios, Ernest van Vliet. No creo que Tracy ni Mathieson conozcan mis relaciones con Ernest, ¿comprendes?

—Y te ha dejado las llaves...

—En cuanto le expliqué el problema. También fue él quien me prestó el dinero para rescatar la hipoteca.

—Así da gusto tener amigos —suspiró Nan.

—Ernest quiere que entre a trabajar en su empresa. Temo que habré de aceptar su oferta. Las perspectivas son excelentes en todos los sentidos.

Ella puso una mano en el brazo del joven.

—Entonces, acepta, Percy —dijo.

—Ya hablaremos de eso cuando todo haya terminado —contestó él.

—¿Tardará mucho?

—Menos de una semana, aunque es muy posible que tú no estés aquí tanto tiempo. De todos modos, en cuanto lo vea factible, enviaré a Ron para que te lleve de nuevo a la granja.

—Está bien. Percy, cuídate mucho.

—No te preocupes.

Nan sonrió. De pronto, se acercó Boles y le besó en una mejilla.

—Dios te bendiga, querido —murmuró.

Boles se rozó la mejilla con dos dedos y sonrió también.

—Eres la chica más maravillosa que he conocido en los días de mi vida —aseguró.

* * *

—Tracy, sería conveniente que nos fuésemos una temporada de la ciudad —dijo Mathieson, mientras llenaba una copa balón.

—¿Tú crees?

—Las cosas se han puesto mal. No te voy a echar las culpas, porque has hecho todo lo que has podido. Los dos hemos hecho cuanto estaba en nuestras manos para conseguir un botín que, en el último momento, se nos ha evaporado sin poderlo evitar. Pero no te voy a decir las cosas que han pasado porque lo sabes tan bien como yo. Por eso conviene que nos alejemos una temporada, hasta que las aguas hayan vuelto a su cauce.

Tracy entornó los ojos.

—Trozamos con un tipo obstinado...

—De nada sirven las lamentaciones —dijo Mathieson fríamente—. El asunto era bueno y podíamos haber ganado millones. Pero si nos quedamos y nos encierran, aún perderemos más.

Tracy pateó el suelo furiosamente.

—Robar el testamento no sirvió de nada...

—No, no sirvió de nada —sonó inesperadamente la voz de Boles. Mathieson y la abogada se volvieron en el acto.

—¿Qué está diciendo? —preguntó el primero—. ¿Cómo ha entrado en esta casa sin mi permiso, señor Boles?

—Llamé a la puerta y no contestó nadie; por eso me permití

entrar sin su permiso —sonrió el joven—. Hola, colega. ¿Se le ha pasado ya el berrinche?

Los ojos de Tracy destellaban de furia.

—Ha venido a refocilarse con mi derrota, ¿verdad?

—No exactamente, aunque debo decir que tampoco lo lamento —contestó el joven serenamente—. He venido a hablar de otras cosas, aunque usted, a lo que parece, no estaba segura de ganar, ya que ayer, sin ir más lejos, ordenó a dos miserables que nos asesinaran a Nan y a mí. ¿Lo recuerda?

—No admitiré nada —dijo Tracy con los labios muy prietos.

—Descuide, esto no es un tribunal y yo tampoco puedo probarlo. Pero ambos sabemos que es cierto. Y usted también, ¿verdad, señor Mathieson?

El hombre no dijo nada. Vació su copa de un trago y volvió a llenarla en silencio.

—Acabemos de una vez —dijo Tracy—. ¿Qué es lo que quiere, colega?

—He venido a darles malas noticias. Por supuesto, no podía decirlo en el tribunal, pero ya tenía el testamento de Homer en mi poder. Sin embargo, como surgió la cuestión de la personalidad de Leonora, preferí no mencionar el dato. Y, en su lugar, hice que se atribuyese a Nan la condición de heredera. Más adelante se regularizará la inscripción de Leonora y Nan le venderá el valle por el simbólico precio de un dólar. Otra cosa, si se les ha ocurrido encargar su asesinato, olvídenlo, porque yo me he anticipado y está escondida en donde no se pueden imaginar.

—No pensábamos...

—Por si acaso —dijo el joven—. Porque es que de ustedes se puede esperar cualquier cosa, sobre todo si se piensa en el inmenso beneficio que esperaban conseguir con la propiedad de Green Gulch.

—También usted se habría llevado una buena tajada, estúpido —dijo Tracy rabiosamente.

—Lo sé, pero es que también a mí me gusta el valle tal como está y no cruzado por una autopista y flanqueado de fábricas y casas por todas partes, con la vegetación arrasada y las aguas contaminadas. Los ecologistas, en muchas ocasiones, se pasan de la raya, sobre todo cuando se ponen en plan fanático, pero ahora, al

menos, estoy de su parte.

—De modo que lo sabía —dijo Mathieson.

—¿Acaso creyeron que me quedaría cruzado de brazos, sin intentar averiguar qué hay de valor en el valle? Homer Tiller, hace muchísimos años ya, buscó oro y petróleo, y no encontró nada. Entonces, algo tenía que haber para que ustedes quisieran comprarlo primero y luego, al ver que no podían conseguirlo legalmente, iniciaron una serie de acciones criminales que, finalmente, no les han dado el menor fruto.

—No podrá probarnos nada —aseguró Tracy—. Hemos tenido buen cuidado de...

—Eso depende de lo que diga Cramm. En esos momentos, está siendo interrogado por la policía, en relación con los asesinatos de Conrad, por no mencionar otros que ahora no hacen al caso.

—Insisto, no hay pruebas —dijo la abogada. Pero estaba muy pálida.

—Temo haber venido a darles un mal rato a los dos. Yo no lo admitiré jamás, pero encargué a un amigo que abriese la caja fuerte de Mathieson. Salvo el testamento de Homer, no tocó ningún documento, aunque sí tomó fotografías de todos los papeles que se guardan allí. Esas copias están ya en poder de la policía. Son pruebas de la corrupción de muchos políticos de la ciudad, que esperaban también ganar enormes sumas de dinero cuando se construyese la autopista a través del valle.

»Esa autopista debía ser construida, y lo será, al otro lado de las colinas del Sur, donde las tierras son baldías y, además, el trazado se acorta en un par de decenas de kilómetros, cosa que beneficiará a la comunidad, porque el costo de la construcción será mucho menor. Ustedes estaban de acuerdo con los políticos para construir la autopista con un trazado mucho más largo, pero precisamente en una zona donde la venta de terrenos habría alcanzado cifras exorbitantes. Ese proyecto, por fortuna, ya no es más que humo.

Tracy se irguió, reaccionando después de haber escuchado aquella serie de noticias catastróficas.

—De todos modos, si hay escándalo, no podrán procesarnos por algo que íbamos a hacer y no hemos hecho —dijo.

—Eso sí es verdad. No se puede encerrar a una persona por intentar hacer algo, a menos que se refiera a la vida de un

semejante. Pero ya que hablamos de las vidas ajenas, tendrán que afrontar un proceso muy serio por la muerte de su esposo, señora Hibbs.

Tracy se puso lívida. Mathieson lanzó un aullido.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Cállate, estúpido! —dijo ella—. No podrá probar nada...

—Excavarán el jardín —vaticinó Boles plácidamente.

Hubo un momento de silencio. Mathieson parecía a punto de perder el conocimiento. De pronto, Tracy corrió a una mesa, abrió un cajón y sacó un revólver.

—Voy a matarle, colega —anunció.

* * *

Boles no se inmutó.

—¿Mejorará eso su situación, señora Hibbs? ¿Cree que con mi muerte podrá salir del apuro en que se encuentra?

Mathieson dio un paso hacia adelante.

—Deja ese chisme, Tracy —gritó—. Lo mejor será que nos larguemos ahora mismo, antes de que llegue la policía...

—¡Cierra el pico, imbécil! —vociferó ella descompuestamente—. Estamos perdidos, pero este bastardo no nos verá ir a la cárcel...

Mathieson se arrojó sobre el arma y forcejeó con Tracy, que parecía haber perdido el juicio. De pronto, se oyó un estampido.

El hombre se tambaleó. Tracy, asombrada, bajó la vista y contempló el arma que tenía en la mano.

Boles no se sentía menos asombrado. Si no era Tracy la que había disparado, ¿quién...?

Pryor apareció en aquel momento con una pistola en la mano. Disparó de nuevo y Mathieson acabó por derrumbarse, hecho una masa inerte.

En la mirada de Pryor aparecía una furia indescriptible.

—Perra... Primero me engañaron, para que les ayudara... y luego, cuando pedí un poco más de dinero, un poco más, no la totalidad, quisieron apartarme, haciendo matar a mis muchachos...

Tracy reaccionó y disparó, pero erró el tiro. Pryor le metió dos balas en el estómago y ella cayó sentada.

Entonces, Boles alzó el pie y golpeó la mano armada de Pryor.

La pistola voló por los aires.

Pryor lanzó un rugido de rabia. Boles disparó el puño derecho y le alcanzó en el mentón.

Fuera se oyó ruido de coches. Casi en seguida sonaron pasos precipitados.

—Llegan demasiado tarde —dijo Boles a los policías que irrumpían en la estancia.

Se arrodilló junto a la abogada. Tracy seguía sentada, con las manos en el vientre. La sangre se escurría a través de los dedos.

Ella alzó los ojos y la miró turbiamente.

—Colega...

La sangre surgió bruscamente a borbotones por su boca. Se estremeció fuertemente y luego se inclinó a un lado y se quedó quieta.

Boles se puso en pie y señaló a Pryor.

—Ahí tienen al asesino —dijo—. Luego tendrán que cavar en el jardín.

—Así lo haremos, abogado —contestó el policía que mandaba la fuerza.

* * *

Edgar llamó a la puerta de la casa, se asomó y gritó:

—¡Señorita Nan!

La muchacha contestó desde el piso superior:

—¿Qué ocurre, Ron?

—El señor Boles la aguarda junto al arroyo. Dice que vaya cuanto antes, por favor.

—Está bien, ahora mismo iré.

La voz de Leonora sonó en el patio.

—Ron, deje de hacer el vago. Hay trabajo...

—Sí, señora —contestó el gigante.

Nan se quitó la bata que empleaba para trabajar en sus diseños y se puso una camisa y unos pantalones. Luego descendió a la carrera.

—¿Adónde vas, Nan? —preguntó Leonora.

—Percy está en el arroyo. Quiere que vaya allí, pero no sé para qué, abuela.

—De acuerdo; pero no os retraséis mucho o se quemará el asado.

—Descuida, abuela.

Nan echó a correr. Cuando llegó al arroyo, presenció una escena singular.

Boles estaba metido en la corriente, descalzo de pie y pierna, en mangas de camisa y con un sombrero de anchas alas para protegerse la cabeza de los fuertes rayos de sol. En las manos sostenía algo, que agitaba con suaves movimientos de rotación.

—¡Percy! —gritó ella—. ¿Qué estás haciendo?

Boles sonrió.

—He encontrado lo que el bisabuelo Homer no pudo encontrar —contestó.

—¡Bondad divina! —exclamó la muchacha—. ¿Te has metido ahora a buscador de oro?

—Sí, pero sólo en la cantidad precisa, justo lo que necesito para hacerme una cosa muy interesante. No te creas que hay mucho más, pero te gustará tenerlo.

—Si me dices lo que es...

Boles terminó de mover la sartén y salió a terreno firme. Atónita, Nan vio en el fondo metálico un pequeño montoncito de polvo amarillo, que despedía innumerables chispitas.

—Es oro, sí —dijo.

—Si nos afanásemos mucho, puede que consiguiéramos tres o cuatro onzas. Pero yo me conformo con mucho menos..., con la cantidad necesaria para dos anillos de boda —sonrió el joven.

Nan también sonrió.

—Estás pidiéndome que me case contigo —dijo.

—¿Alguna objeción, señorita Tiller?

—Ninguna, aunque, me parece, convendría cumplir cierto trámite. No es imprescindible, claro está, pero resultaría correcto.

—¿Cuál es ese trámite? —preguntó él.

—Si me acompañas a casa lo sabrás.

—Muy bien. Espera un momento.

Boles volvió a calzarse y luego puso el polvo de oro en una bolsita. Al terminar, agarró la mano de la muchacha y empezó a caminar.

—He estado hablando con mi amigo Van Vliet —manifestó.

—¿Y...?

—Empezaré a trabajar para él después de la boda.

—Comprendo. Por cierto, hemos de devolverle el préstamo. Ya he estado en el Banco y puedo disponer del dinero del bisabuelo Homer.

—Muy bien. Respecto a los trámites del registro de la abuela, quedarán listos antes de una semana, Nan.

—Estupendo. Yo le traspasaré la cuenta y... Percy, ¿he de seguir trabajando después de que nos casemos?

—¿Por qué no? La granja está solo a diez millas de mi oficina. Puedo ir y venir a diario, es decir, si la abuela consiente en ello.

—Tengo mi habitación y es muy amplia. No habrá obstáculos, Percy.

—Es una buena perspectiva —suspiró él—. Hemos pasado juntos malos tragos, pero eso ya queda muy lejos, ¿no te parece?

Nan asintió.

—Percy, podrían haber ganado bastante dinero de todos modos si se hubiesen conformado con construir la autopista al otro lado de las colinas —dijo.

—Es cierto, pero la ambición les cegó...

—Y les salió el tiro por la culata.

—Exactamente. Nan, será mejor que lo olvidemos —propuso Boles.

—Sí, tienes razón.

Llegaron a la granja, cuando Leonora se disponía a golpear con un hierro el triángulo que colgaba del porche y que servía para anunciar la comida.

—Bueno, menos mal que llegáis a tiempo —sonrió.

—Abuela, tenemos noticias para ti —dijo Nan—. Percy y yo vamos a casarnos, pero queríamos decírtelo, por si tienes algo que objetar...

—¿Yo? No puedo objetar nada; yo no existo —contestó la anciana.

Boles avanzó hacia ella y tomó sus manos.

—Señora Tiller, usted volverá a nacer la semana próxima —aseguró.

Leonora exhaló un profundo suspiro.

—Nacer otra vez... a los setenta y ocho años... Será divertido, ¿verdad?

Miró a los dos jóvenes con ojos chispeantes y volvió a sonreír.

—Bueno, vamos adentro o tendré que tirar el asado —exclamó.

Boles asió de nuevo la mano de la muchacha. Entraron en la casa, dispuestos a vivir felices allí para siempre.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.